

CAPÍTULO 1 VIDA EN BUCLE

Desde la pared acristalada de su habitación, la ciudad se extendía entre luces y sombras, como una gran plaga. El quinto y último piso de la hacienda era el único lugar donde podía escapar de su destino, representado por un empalagoso olor a miel que venía de debajo de los tablones del suelo. Su cuerpo descansaba sobre la cama, embelesado, con la única voluntad de contemplar la vida fuera de aquellas paredes.

- ¿Lázaro? -dijo su madre, inquieta, desde la escalera. - Necesito que bajes para hacer recuento de los pedidos.

Lázaro estiró su nuca y levantó la cabeza con los ojos vacíos, quitándose la pereza de encima. Se levantó del colchón y caminó hacia una puerta de madera pintada. Dentro había un perchero con varios conjuntos de camisas de lino, monos de trabajo verde botella y un par de botas, el uniforme del lugar.

Los tablones de madera crujían a cada escalón que bajaba, advirtiéndolo a todos la llegada de este. Pero tan solo se trató una mirada educada y alusiva. Cada uno de los miembros corporativos de la familia volvió a su cargo, como si de una cadena de hormigas se tratase. Su madre apareció de la nada, con el pelo recogido, deslumbrantemente rubio incluso con toda la grasa que tenía encima. Llevaba un portafolios de soporte duro. Se lo entregó sin pestañear.

-Hoy es lunes, así que necesito que revise los pedidos de la central, y también los bares de la zona del Barrio Gris -afirmó su madre. - Necesito que lo hagas...

- Antes de la fiesta del Caballo de mar- terminando la frase.
- Exacto. Y ahora, a trabajar - refiriéndose a todos.

Mamet, "madre" para todos, era la responsable jefe de la destilería del este, llevada desde tiempos inmemorables por el apellido Rodes, una prestigiosa herencia de profesionales destiladores de licores, bebidas alcohólicas y sobretodo de famosa hidromiel. La matriarca tenía cinco hijos, cuatro de ellos trabajando en el negocio, y uno tan solo ayudando por ahora debido a su corta edad. Lázaro era el segundo más pequeño, de 19 años, el cual se había convertido en uno de los contables jefes, junto a su tío Norman, que le doblaba la edad, con el cual siempre había entablado una gran amistad. Además, su madre tenía seis hermanos, todos ellos con hijos que trabajaban en otras ramas pero siempre dentro del oficio, aquí o allá, en algunas de las cuatro sucursales principales.

Lázaro recorrió los pasillos de tanques, los dispensadores y las ollas para la fermentación hasta llegar al almacén de reservas.

- Ya estabas tardando. - su tío le miraba de arriba a abajo de forma despectiva, pero con una sonrisilla escondida entre diente y diente. Su altura a veces le parecía algo amenazante aún cuando ya no era un niño - Cuenta los barriles con la marca roja mientras yo cuento los azules.

Ambos comenzaron a anotar diferentes números y letras en sus hojas. Mientras que su tío se agachaba y revisaba meticulosamente cada pedido, Lázaro paseaba de forma indistinta entre los barriles, apuntando de forma rápida y escueta, sin ninguna motivación pero con mucha agilidad.

- ¿Tienes ganas del festejo del sábado? - le preguntó su tío mientras anotaba en su fichero.
- Se supone que solo iremos a la plaza principal a servir bebidas - Lázaro apoyó su mano en uno de los barriles y comenzó a jugar con sus dedos sobre la superficie polvorienta. Soltó un suspiro, lo que levantó la fina capa de polvo y destapó una de las marcas de color por sorpresa. Lázaro siguió apuntando.
- Para que la gente se caliente, no pase frío y se divierta más, esa es nuestra causa, el emblema de esta casa. - afirmó su tío con decisión. - Además, es el primer año que asistes. - Su tío hizo una pausa y firmó la primera de las caras del recuento. La volteó. -Intenta disfrutar.
- Si, lo haré.

Lázaro comenzó a contar los barriles de la siguiente tanda, intentando concentrarse en la tarea. Durante unos instantes, su tío se le quedó mirándole.

- Lázaro.
- Dime- sin dejar de apuntar.
- Necesito que me hagas un favor.

Lázaro giró la cabeza levemente.

- Querría que fueses a visitar a uno de nuestros clientes. Parece ser que el pago ha sido erróneo y hay que descontarle dinero, no queremos que corra la voz de que estafamos.- Su tío miró el talonario que llevaba colgado de uno de los soportes del cinturón, y arrancó la primera de sus hojas- Además, así ya pueden ir conociendote.

El interés de Lázaro había comenzado a despertar, pero lo disimulaba lo suficiente.

- Es cerca del distrito comercial. Lo necesito para mañana así que...tienes toda la tarde, desde ahora - su tío hizo una pausa y carraspeó- vuelve para cenar muchacho.

La cara de Lázaro se iluminó con una disimulada sonrisa. Su excitación estaba contenida, pero era visible a ojos de su tío, quien suspiraba, con cierto juicio.

- Ay... - soltó su tío por lo bajo.

Su tío señaló los barriles con la cabeza - Ya me encargo yo -.

- ¡Gracias!

Las Colonias a primeras horas de la tarde se volvían la principal atracción de la gente. *El mercado de la arena*. Kilómetros y kilómetros de puestos se extendían por el distrito. Los tenderos sacaban desde humildes prendas y tentempiés caseros hasta piezas de siderurgia y materiales exóticos traídos del extranjero. Los colores saturados pero terrosos llamaban la atención de gente de zonas colindantes, y las aglomeraciones que se formaban allí eran carne de ganado para los distintos mercaderes que co-existían.

Lázaro iba maravillado, caminando entre la muchedumbre. Este vestía una camisa abierta color beige junto a una camiseta de tirantes y una visera de algodón de color marrón. En cualquier otra zona, por su particular perfume a miel y hierbas le hubiesen reconocido como el hijo de pudientes comerciantes, pero allí, la mezcla de fragancias y especias hacía imposible que le identificasen. Además, esas ropas ya las había comprado tiempo atrás en una tienda del casco antiguo del barrio, Independence Palace. Era un chico inteligente.

Las hileras de puestos eran interminables a aquellas horas. Una señora de avanzada edad vestida con telas que se transparentaban le tocó con el brazo cuando este se acercó mucho a uno de los objetos de exposición. Todo el puesto olía a perfume, pero uno muy suave y aromático.

- ¿Qué son? - dijo este, curioso.

- Lámparas construidas a base de hojas de palmera y nácar refinado. Son típicas para adornar los salones de las casas. Tienen poca vida, pero en cambio son de gran alcance y escaso consumo.- Lázaro miró la etiqueta con el precio, sin inmutarse.

- El precio es algo elevado, si, pero la calidad es extraordinaria. ¿Verdad Terra? - la mujer giró la cabeza hacia el puesto de al lado.

Un hombre joven y fornido salió de entre las telas que cubrían su puesto, al borde del mostrador. Tenía la piel dorada por el sol.

- Así es, yo en mi casa ya tengo dos instaladas - mirando a Lázaro - Es un buen regalo.

- Me llevaré una - con decisión.

- ¿Cual? - sonriente.

Lázaro tanteó entre ellas y sus ojos se quedaron parados entre un par: la primera era naranja y más opaca que el resto. La otra era verde y más transparente.

El hombre volvió a aparecer y estiró su brazo señalando. -Yo me quedaría con la verde. Es más luminosa, y es de mejor mejor calidad. - La señora asomó la cabeza hacia el tenderete contiguo, y de seguido estalló. - ¡Merluzo! ¿Quién te ha dicho que puedas dar tu recomendación a mis clientes? ¿La mejor? Todas son de muy alta calidad. - Lázaro se reía mientras veía discutir a lo dos tenderos, la gente estaba empezando a acercarse por el barullo.

- Me llevo la verde entonces -

Lázaro entregó el dinero a la señora. Ella le metió la lámpara en una bolsa hecha de periódicos reciclados, ya carcomida por el moho. Los tenderos seguían discutiendo a lo lejos aún cuando este se había marchado hacia la otra dirección. Este sacó el talón de recibos, donde tenía apuntada la dirección del cliente.

- Plaza del avaricioso, después de la calle de la malta...Nº18...- murmurando. -Era la zona interior del distrito comercial del centro. Allí solo había tabernas, casas y algún que otro nicho de comercios interiores. - Taberna de El fraguante panal. -

Al entrar a aquel sitio lo primero que se percibía era un olor fuerte a cerveza, mantequilla y lavanda. El sitio tenía bastante ambiente para ser las seis de la tarde. Al fondo del bar había un hombre de gran altura discutiendo con un joven que sería de la edad de Lázaro. La chica de la barra, de pelo ondulado y negruzco, se inclinó sobre la madera laminada y miró con curiosidad a Lázaro.

- Hola ¿Necesitas algo?-
- Hmmm...si, venía por un error en el cálculo del hidromiel de este mes.- volviendo a la realidad.
- ¿Rodes?
- Si, soy de la familia. El segundo menor de sus hijos.
- Si, claro, todos sois de la familia es ese negocio. - Creo que no nos habíamos conocido antes. Soy Haley, la propietaria de este local -

Está le extendió la mano, estrechandosela.

- Yo Lázaro, encantado- devolviéndole la mirada.

Su tío le había hablado bastante de aquella familia. La joven tan solo tenía 22 años. Los padres de ella habían muerto hacía tres años en un incendio. Eran propietarios de varios locales, pero tan solo se consiguió salvar uno. Sería alguna disputa entre negocios, o eso dicen. Siempre habían tenido problemas económicos, y personales. Sus tíos vinieron desde fuera para ayudarla el primer año después de aquello, pero desde hacía tiempo se había encargado sola del negocio sin problema. Su novio trabajaba con ella de camarero y jefe de mesas, junto a dos camareros más. Uno de ellos, una mujer de unos 40 años, rubia y alta, y el otro, seguramente el chico de mi edad que acababa de ser despedido. El local era impresionante. Solo tenía una planta, pero el techo era gigante. Las mesas eran redondas, de madera, como los suelos y columnas. Las ventanas eran vidrieras amarillas, como si se tratasen de las celdas de una colmena.

Un talón de retribución de 850 coronas. Se habían añadido 20 barriles de cerveza de más. Lázaro escribió su nombre, un número de 12 dígitos y firmó el talón con agilidad. Luego colocó el matasellos cobrizo de la familia, una abeja encima de una flor en posición de defensa.

- Aquí tienes-.
- Ahora que viene el invierno no nos vendrá mal el dinero- dijo esta sonriendo y cogiendo el cheque. ¿No te quieres tomar nada?
- No estoy acostumbrado a...-
- Invita la casa- dijo ella antes de que terminase.

La cerveza estaba helada. No era de la marca Rodes. Parecía una marca Noruega, por las os tachadas en diagonal. Le alegraba que no le hubiesen dado su propia cerveza. Era agria, pero suave al paladar y con cierto sabor a moras. Se había convertido casi un experto en aquel tipo de productos. Eso le daba más rabia aún, ser igual que ellos. Y lo peor es que sabía deliciosa.

Ya se había bebido la mitad de la jarra y la dejó sobre la barra, receloso.

- ¿Planeas asistir a la fiesta del finde?- Ella también se sirvió una cerveza. Tenía un color más rojizo.
- Tengo que asistir. -
- Me refería a la parte divertida - ella le guiñó un ojo y volvió a pegar un trago. Ya sabes, las carreras, el torneo, las colonias de noche...
- No creo que pueda - No me dejarán salir. Da igual. - Tú saldrás?
- ¿Es que piensas que voy a dejar el bar cerrado la noche que más puedo ganar del año? ¡Ja! - La chica siguió bebiendo, dejando a mitad la jarra.

El chico miró su muñeca y vio en su reloj de cuero que eran casi las siete. Si no salía ya no podría pasarse hasta quien sabe cuando. Se levantó del asiento y dejó una propina, casi tirando las monedas al suelo.

- Me tengo que ir, lo siento. Encantado de conocerte Haley -
- ¡Ojala nos veamos de nuevo! - exclamó ella, sonrojada por el alcohol.

Lázaro salió despedido por un callejón a la gran avenida de Las Colonias. A medida que la tarde devoraba toda la luz, el mercado iba mutando: mucho menos movimiento, los clientes se tiraban más tiempo comprando y ojeando entre los distintos puestos. A esas horas, quién estaba allí, era porque buscaba algo. Él debía de estar hasta tarde en uno de los puestos de la zona oeste del mercado, en el lado opuesto a donde había estado paseando antes.

Marina y su padre, Santi, atendían el puesto. Normalmente iban rotando entre los seis miembros en turnos de ocho horas. El resto o se encargaba de conseguir el material a vender o lo manufacturaban, pero siempre tenían tiempo libre al ser tantos. Anteriormente, el puesto había sido bastante reconocido entre los mercaderes, por su variedad de productos naturales y sanitarios. Sin embargo, era algo difícil de mantener, además de necesitar a alguien que buscara los materiales necesarios. De eso se encargaba Breta, la hermana mayor. Una vez cada dos semanas desaparecía de la ciudad unos días para volver con un montón de hierbas y musgos que había conseguido de más allá de la ciudad, pero cada vez era más escaso lo que crecía en la tierra.

Lázaro elevó la cabeza en señal de saludo, a lo que Marina y Santi le devolvieron la mirada, amistosos. Atravesó la tienda por un lado y bajo unas escaleras de piedra, detrás de los puestos, al Barranco de las Caravanas, donde vivían los propietarios del mercado de Las Colonias. Las parcelas no estaban separadas, por lo que tenían que tener cuidado al fin y al cabo, aunque todos estaban en la misma situación de escasez. La casa tenía dos plantas y un jardín trasero, donde cultivaban parte del producto necesario. Su hogar no era muy grande ni tenía muchas comodidades, pero al menos era más acogedor que su casa. Llamó dos veces, aunque la puerta ya estaba abierta. La señora Donna descansaba junto al fuego, leyendo un libro de bolsillo desgastado "Manual de confección de ungüentos y otros brebajes III". Tenía la edad de su madre, rondando los cincuenta. Esta se giró al notar que alguien entraba. Se levantó y sin avisar le abrazó fuertemente.

- ¡Lázaro!
- Señora Donna- mirándola con alivio.

Esta se puso de puntillas y le metió una colleja. -¡No me vuelvas a llamar así, no soy tan mayor! - esta sonrió y se apartó de él mientras este se rascaba la nuca. - ¿Qué llevas ahí?-

- Nada, es un detalle que he comprado en el mercado - Lázaro extendió la bolsa a Donna, quien la abrió sin prisa.

- No hacía falta que...¡Ohhhh! ¡Es una lámpara, de hojas de palmera, y natural! Esto lo has tenido que comprar en el puesto de Diana Rosbell! Hmmm- . Se puso a moverla de un lado a otro y a mirarla desde distintos ángulos. - Me han dicho que casi no gasta, muy buenas para el medioambiente- . Miro riendose a Lázaro, quien la miraba confundido todavía- ¿Oía a flor de Nis verdad? El puesto-

Por unos momentos se quedó pensativo, pestañeando durante unos segundos.

- Aquí todos os conocéis verdad? Sois como...una pequeña familia - los dos se reían, aunque Lázaro en realidad lo que sentía era algo parecido a una gran envidia hacia la familia que tenían e incluso su modo de vida más simple.

Donna se subió a una escalera pequeña de madera y colocó la lámpara en uno de los ganchos que sobresalen de la pared. Encendió el fósforo y sonrió.

Lázaro se dirigió hacia la escalera mientras se despedía. Donna le dio permiso para subir con una sonrisa de pura gratitud.

El piso de arriba estaba dividido en un pasillo estrecho, con dos habitaciones a cada lado. No se oía ningún ruido más que el canto de las cigarras y el viento pasando entre los huecos de las paredes. Al fondo del pasillo, la escayola de una de las puertas estaba tapada por una tela gigante con un gran mandala dibujado. Lázaro apartó la sábana y entró.

Eizhan estaba apoyado sobre la ventana, con una pierna colgando por fuera y otra por dentro. No había cristal ni barrotes. Tan solo las estrellas, y unos ojos verdes y claros que las observaban.

- ¿Me has traído algo a mi también? - con descaro.

Eizhan se bajó de la ventana y tocó el suelo con los pies descalzos. Lázaro sacó su mano de detrás de él y dejó entrever una lente transparente de color verdosa. Eizhan se acercó y le dio un gran abrazo de cariño y compañerismo, ambos entre risas. Eizhan fue rápido y alargó su brazo hasta la mano de Lázaro, quitándole la pieza brillante para tenerla para él. Lázaro no opuso fuerza, y se quedó esperando a que le enseñase.

Eizhan encendió una lámpara de fósforo que había en el suelo y lo acercó a la lente. La habitación era extremadamente simplista. Tan solo tenía con un colchón pegado a la pared hecha de yeso sin pintar. El hueco de la ventana tenía un borde para sentarse y al otro lado un pequeño estante para colocar la ropa limpia. Aún así, Eizhan se las había arreglado para llenar el suelo de cajas y más cajas con diferentes cosas y artilugios. Siempre le había gustado coleccionar todo tipo de cosas, sobretodo de las que encontraba o conseguía mediante trueques en el mercado.

- Ha sido bastante tiempo desde la última vez - observando la pieza en dirección a la luz que venía de la ventana.

- Ya sabes que solo tengo un día libre al mes para salir-

Eizhan se levantó y se dirigió hacia una de las paredes con cajas.

- ¿Entonces te has fugado? - buscando entre los objetos.
- Debería. Ha sido un encargo, antes de la fiesta del Caballito del mar -

Eizhan llevaba entre sus brazos un viejo telescopio negro y entre sus dedos sujetaba una pequeña caja de madera. Colocó el telescopio al lado de la ventana sobre un soporte de armería que no servía para eso, pero que hacía el apaño. Comenzó a poner las lentes de colores desde la parte de delante. Algunas de las lentes llevaban marcadas en el lateral no útil LZ.

- ¿Cuanto tiempo tienes hoy?
- No mucho. Tengo que ayudar a organizar todos los preparativos y cuentas.
- Entonces... ¿Conoces la historia detrás del festejo? -

Lázaro le negó con la cabeza. Se sentó con la espalda en la pared y esperó mientras Eizhan miraba a través del telescopio. Se desabrochó los dos primeros botones de la camisa por el calor y cerró los ojos. Luego tan solo se dejaría imaginar, como siempre hacía al oír una de sus historias.

- Pues todo comienza hace casi 300 años con un rey peculiar. Eran años prósperos y la economía de esta ciudad no podía ir a mejor. Aún así, el sentimiento general no era de alegría, sino más bien de aburrimiento. Entonces ocurrió algo, o más bien alguien. Un caballero apareció flotando en el mar con una armadura imponente, aunque de débil hojalata. Tardó dos días en despertar, pero entonces lo primero que dijo es que retaría al mismísimo rey al trono. Sus razones no eran ningunas especiales, más su implacable ambición hicieron que el rey se reuniese con él en la mismísima plaza de actos. El caballero pertenecía a una clase baja, era extranjero y no tenía nada que ofrecer. Sin embargo, el rey cayó en el juego y decidió organizar un torneo, para ver si la fuerza y porte del joven eran suficientes para derrotar siquiera a uno de sus más fuertes soldados. Parecía imposible, pero no tardó ni una hora en vencer a cada uno de ellos, hasta que solo quedó el rey. Estaba acorralado y a punto de ser asesinado por un suertudo campesino vestido de armadura y espada oxidadas. ¿Qué podía hacer? Entonces, entre la vida y la muerte, el rey le inquirió al caballero (en un acto de astucia) que ser rey no solo era luchar en el campo de batalla, sino que también requería una serie de cualidades únicas y difíciles de conseguir. El rey era un manojo de nervios, pero procuró calmarse y echarle imaginación al asunto. Entre aquellas razones, el rey declaró que para ser gobernante, debería de dominar todo lo siguiente: *elocuencia frente el pueblo, clarividencia, agilidad a la vez que astucia, valentía y la confianza de su paladín*. Su

razonamiento parecía lo suficientemente aceptable para el pueblo, y el caballero tuvo que ceder a aceptar el juego, aunque no entendía la mitad de lo que le decía. El rey había perdido la prueba inicial de fuerza, y también perdió luego en la de valentía, pero ganó el resto de pruebas, pues era rastrero, astuto y tenía ganada la voluntad de su pueblo. Tristemente, el perdedor fue decapitado en vivo en la plaza de actos, delante de todo el pueblo. Y a su caballo también. Sin embargo, instantes antes del desmembramiento, como ocurrencia, el cura del pueblo bautizó por orden del rey al valiente con el título real de *Mártir caballero de debajo del mar*. Esto se tomó como acto de osadía que no se volvería a repetir en aquel reino. Aun así, al pueblo le resultó tan divertido que para el año siguiente se volvió a organizar el mismo torneo, pero esta vez entre los aldeanos, como una especie de torneo amistoso con cierta recompensa monetaria para incentivar. Han pasado doscientos años, y aunque ahora nadie suele morir, sí que son unos días conmemorados. Viene gente de ciudades colindantes y puede participar cualquier persona mayor de edad, de cualquier situación económica y sin restricción entre hombre o mujer.

- ¿En serio que todo eso ocurrió de verdad?- Lázaro abrió uno de sus ojos esperando respuesta.
- Claro. ¿Si no por qué se celebraría una fiesta así? Las mejores leyendas son las que duran hasta hoy, y también las tradiciones más nefastas - Eizhan siguió mirando a través del telescopio. - ¿Por qué no te apuntas? -
- ¿Tu ya te has apuntado no? Es el primer año que puedes apuntarte - Eizhan asintió con una sonrisa sincera. - Sabes que tengo que estar en el puesto todo la tarde y noche. Al menos pretendo conseguir escaparme un ratillo de allí, y nos podemos tomar algo.
- Pagaría por verte divertirme un rato. Así que hecho, a las ocho y media en el mercado de Chipping.
- ¿Tan pronto? - soltó un suspiro - Vale.

Eizhan le hizo un gesto con la cabeza hacia el telescopio. Lázaro se acercó, se colocó de rodillas y miró a través. El horizonte de la ciudad se sentía interminable, todo cubierto por edificios gigantescos y humeantes que no dejan de trabajar aun de noche. Las actividades nocturnas de la ciudad eran un mundo propio y oscuro que pocos se atrevían a probar, muchas veces solo apto para timadores, perturbados y gente desquiciada por las emociones fuertes. Más arriba todo era diferente. No se oía apenas ruido, y podías pasarte horas perdido entre las estrellas, como una especie de limbo, una vía de escape. Solo fueron unos minutos, pero parecieron horas...

CAPÍTULO 2 VIDA A CIEGAS

Era ya viernes por la tarde noche. Las manos de Lázaro se movían como un pianista que disminuía el espacio-tiempo entre notas sin perder la exquisitez musical. El chorro de cerveza caía en el vaso helado llenándolo un color dorado. Luego, la espuma rebosaba unos instantes, y se servía. Todo era un movimiento continuo y mecánico que había aprendido a manejar con los años, aunque era la primera vez que realmente lo ponía en práctica fuera de aquellas puertas.

Decenas de ciudadanos se reunían alrededor del puesto esperando su ansiada cerveza, valorada por el nombre inerte en ella: *Rodes*. Formando un gran círculo atendían a los clientes, doce en los grifos con cuatro tipos de bebida y cuatro en la caja. Era una dinámica muy fuerte, casi tan fuerte como el trabajo de construir un gran panal celda a celda.

Lázaro levantó fugazmente la mirada hacia el reloj de la sede central del tribunal (lugar donde se organizaban con frecuencia los juicios de delincuencia y asesinato). El reloj, de grandes dimensiones, marcaba las ocho en punto. Llevaban trabajando desde las tres sin descanso tan solo por el transporte de barriles y útiles. Y más de ochenta clientes apuntados solo en su caja.

Ayudar a poner cervezas sin cortar el ritmo debería de ser suficiente para que me dejaran pero...- murmuró Lázaro para sí mismo. -

Sin embargo, los clientes no paraban de llegar y necesitaba seguir atendiéndolos. No había tiempo de conversar ni desviar la mirada en aquel caos. Todos sudaban y seguían poniendo cervezas o cobrando. Lo único que podía hacer era concentrarse en seguir y rezar porque hubiese menos gente dentro de un rato.

Hey. ¿Estás bien? - una mano le tocó el hombro por la espalda.

Lázaro se giró y levantó la cabeza al ver a su tío mirándole. El puesto de su tío se había quedado vacío y los clientes le gritaban todo tipo de cosas. Lázaro se había quedado ensartado por unos segundos, sin saber qué decir.

- Puedes irte. Podemos cubrirnos sin ti- le dijo su tío al oído.
- ¿Como? Sabes que no nos deja irnos - intentando ser profesional.
- Te dejo yo. Con una condición. - hizo una pausa corta - No vuelvas por aquí -. Lázaro trago saliva y se quitó el delantal sin pensarlo mucho. -Ahora vete, tengo trabajo que hacer -. Se giró de cara a atender a los clientes y no se volteó nunca más. Acto seguido, su tío levantó la mano y a los segundos alguien saltó por encima del puesto. Era una mujer joven, con el pelo teñido. Levantó la mano ella también, pero esta vez mirando a Lázaro. Fue hacia ella todavía preocupado, pero ella solo le

sonrió. Le entregó el delantal al tiempo que se preparaba para acelerar el paso aún más.

- Gracias - soltó Lázaro en un último suspiro.

Después de eso, sin esperar respuesta, salió corriendo. Le pareció ver a su madre agitando los brazos con fuerza desde el otro lado del puesto, o quizás fuese su conciencia diciéndole que lo iba a lamentar. Mañana se verían cara a cara, pero hasta entonces se olvidaría de ese tipo de pensamientos.

El consejo de Eizhan fue que siguiese la ruta de tranvía más cercana, hasta que las vías se encontrasen entre ellas y llegase a la estación central, en pleno mercado de Chapping: darían una vuelta y se tomarían algo al menos. Hubiese sido un buen consejo si el camino no estuviese abarrotado de miles de pies que tapaban el suelo. Lázaro no conocía bien la zona y estaba desorientado. Decidió apartarse a un lado para poder preguntar a alguien sobre la mejor ruta para ir a la estación.

- ¡Señoras y señores! ¡Hoy vengo con un hechizo que les dejará boquiabiertos! ¡Que no les dejará respirar de la emoción! ¡Que les hará ver el mundo desde otra perspectiva! - Lázaro frunció el ceño tras escuchar la última frase, la magia no era su actividad favorita ni nunca había entendido a la gente que creía en esas cosas. Y lo peor es que su amigo creía en ese tipo de cosas.

Un hombre con chaqueta de cuero y anillos en los dedos agitaba los brazos sobre la tarima mientras daba vueltas, observando al público. Este señaló a una mujer joven, de unos treinta y pocos años. Ella subió a la tarima, decidida, y el "mago" le pidió que cerrase sus ojos. Dio dos vueltas alrededor suya y se acercó a hablarla.

- ¿Crees en ello desde pequeña, Sofía? - en voz alta.
- Si... todos hemos creído en ello alguna vez. - sin dejar de apretar los ojos.
- ¿Qué crees que hace falta para poder lograrlo?
- No lo sé... Destreza. ¿Devoción?
- Casi. Confianza.

El mago se colocó delante de ella y la agarró suavemente la mano.

- Respira - hizo una pausa - y levita.

El cuerpo de la joven comenzó a levantarse de la tarima unos centímetros.

- No abras los ojos Sofía - el mago se alejó unos cuantos metros para contemplar su propio número.

Su cuerpo siguió ascendiendo mientras los gritos de euforia atraían a más gente.

- Ya puedes abrirlos - el cuerpo de la joven se paró en seco.

La joven abrió los ojos y vaciló en el aire unos momentos, confusa, pero no tardó en quedar fascinada. Desde allí se veían los tejados de todas las casas del barrio, los reflejos de las aguas del canal e incluso el caer del atardecer entre los edificios más lejanos. Sofía comenzó a saludar a todos los que le miraban y a observar cómo su pelo y ropa se ondulaban con la presión del viento.

Su cuerpo no tardó en descender tras un par de minutos. Al llegar al suelo, la joven no podía dejar de mirar al cielo, absorta. La gente comenzó a levantar la mano para ser escogida. Algunos padres levantaban a sus hijos, e incluso algún anciano levantó su garrote con alegría para salir, pero el mago ya había desaparecido de la tarima.

- Tu. - una voz sonó a sus espaldas.

Lázaro se giró y reparó en que él era el escogido por el mago. Lázaro no le dio tiempo a pensarlo y sus pies ya se estaban dirigiendo hacia el escenario. Se preguntaba por qué le habría elegido a él. El proceso fue similar. Cerró los ojos, el mago dio dos vueltas a su alrededor.

- ¿Crees en la magia?
- No lo sé... cuando la necesito sí.
- ¿Qué crees que hace falta para que surja? - exclamó el mago.
- ¿Suerte? ¿Imaginación? - pensó. - Poder - respondió finalmente con firmeza.
- ¿Dinero te refieres? - el mago se rió - Señoras y señores, estamos ante el mismísimo Rey Midas. - el público rió entre carcajadas, como tontos. Seguro que casi ninguno había entendido el comentario del mago.
- Me refiero a Inteligencia. Y.. a control sobre los demás.

El mago se acercó al oído de Lázaro y le susurró algo. Al instante, se apartó de él.

- ¡Confianza! -

El cuerpo de Lázaro no tardó en separarse del suelo y elevarse. No pudo contener las ganas y abrió los ojos. No podía describir con palabras todo lo que llegaba a ver desde tan alto, casi alcanzaba a ver la fábrica de su familia. Las vistas eran incluso mejores que las del techo de su casa. Toda la ciudad lucía como un laberinto lleno de personas y miles de luces que lo ocupaban. Cada vez eran más las luces que completan los huecos más

oscuros. Daba miedo la sensación y a la vez era demasiado excitante como para querer bajar.

- Algunos de los puestos estaban abriendo a esta hora. Deben de ser las nueve en punto. Mierda. Mierda. Espera, desde aquí puedo intentar encontrar el sitio. Es un edificio rectangular, bastante grande y con el techo acristalado.

No muy lejos, un cúmulo de luces destellantes rodeaban un lugar cuadrado y grande. Debía de ser la estación. El mago terminó. En cuanto tocó el suelo, Lázaro echó a correr entre la gente. El público se molestó con su reacción, pero el mago les tranquilizó escogiendo a una tercera persona enseguida. El mago echó un último vistazo antes de desaparecer Lázaro entre la gente.

Lázaro siguió corriendo y avanzando como podía entre las calles de la ciudad. En aquel momento recordó lo que le dijo el mago al oído: - Has acertado. Ahora estás un paso más cerca que todos ellos. Cerca de qué - pensó, pero no lo entendió-.

La fachada de la estación estaba bloqueada por cientos de personas, la mayoría jóvenes que vitoreaban y gritaban al unísono, muchos con bengalas en la mano que agitaban en el aire. Lázaro se estaba moviendo como podía entre la multitud, metiendo cuerpo y recibiendo algún que otro golpe, que le dejaría cardenales a la mañana siguiente. Finalmente, en la parte de delante vio a Eizhan, que también llevaba una bengala de color verde en la mano. No tardó ni dos segundos en detectar que Lázaro se estaba acercando, para recibirle con entusiasmo.

- ¡Has venido! -
- No sonrias así - le contestó bruscamente. - Me ha costado llegar -
- Bueno. ¿Has venido no? - Coge este. Yo tengo otra sin abrir.

Eizhan extendió el brazo para darle su bengala a Lázaro. Sacó otra y la encendió enseguida, de color azul esta vez. Ambos levantaron las bengalas a la vez, como el resto de la gente.

- ¿Para qué es esto?
- Es tu inscripción para el torneo. No la pierdas.
- Joder. ¿Me has apuntado? - Lázaro no sabía como sentirse.
- Ah... - Eizhan se quedó pillado. Hubo un silencio incómodo entre ambos, pero que se cortó rápido con una decisión de Lázaro.
- ¿Ahora tenemos que ganar o quedaremos como idiotas no? - respondió Lázaro sin mirándole directamente a los ojos, picado.

Eizhan se empezó a reír sin parar y casi se le cayó la bengala. Tras recuperarse, Eizhan le golpeó el costado a Lázaro de vuelta, excitado.

Un ruido pesado y metálico apartó su atención de la conversación hacia las puertas grandes de la fachada. Una mujer joven salió de entre las sombras con andares elegantes. Iba vestida con una túnica de seda azul atada con una fina cuerda a la altura del pecho. Su melena era larga y negra como el azabache. Pero lo que de verdad la diferenciaba de la gente era aquel colgante: dos pinzas cruzadas en forma de tenazas, símbolo de la familia real. Las pinzas de cangrejo era un manjar exclusivo de la realeza, de los pocos que se lo podían permitir. A nadie le importaba en realidad de donde venía su significado, pero muchos admiraban y veneraban su sola existencia como símbolo de poder.

Su voz carraspeó, y aún así era suave y clara. Seguramente habría recibido muchas clases de expresión oral y de lenguas extranjeras, y sabía proyectar lo suficientemente bien para que se la oyese desde cualquier parte. Ese era el secreto de la realeza: entrenados desde pequeños para atraer la atención y abrir los bolsillos del pueblo.

- Buenas noches. Estamos aquí para conmemorar la tradición que emergió hace casi tres siglos en la ciudad de Roonas. El rey Victor, el justiciero, nos dejó el encargo de mantener vivo su honor individual, y por encima de todo, el del pueblo. Por ello, siendo el 298º aniversario de su gran batalla, brindamos una vez más por una tradición limpia y llena de honra. ¡Por el rey!

Todo el mundo gritó al unísono la frase y levantaron las bengalas aún más. Su voz volvió a carraspear y cambió el tono completamente.

- El primer desafío será la prueba de clarividencia. Uno de los requisitos fundamentales para el acceso al trono no solo era ser de sangre noble, si no también tener el poder de hablar con el pasado, el futuro y las estrellas.

Algunos de los participantes empezaron a reír por lo bajo, mientras otros, más asiduos, se sentaron en el suelo sobre sus rodillas, para realizar la postura oficial de oración. Lázaro decidió quedarse callado y prestar atención, al igual que Eizhan, que no dijo mucho más.

- Para la siguiente prueba, deberéis dividirlos en ramas de cuarenta a cincuenta personas y se os evaluará individualmente sobre vuestro potencial para la adivinación, según una serie de problemas que tendréis que resolver.

Para cualquier persona eso era el juego de la suerte, intentar adivinar resultados por contemplación. Lázaro y Eizhan decidieron separarse para luego comentar cómo había sido la prueba en sus respectivos grupos, una táctica que habían improvisado en aquel mismo momento. La adivinación no tenía estudios complejos ni documentados y por tanto siempre se basaban en lo que antiguamente se solía hacer para demostrar que tenías poderes de adivinación: un animal, una persona y un grupo de personas.

Para la primera prueba, les vendaban los ojos y les pedían que distinguieran al animal enfermo entre el corral o el ganado. No solo era una prueba difícil por tener que diferenciar a un animal sano de uno enfermo, si no por la corta cantidad de tiempo que les daban, un par de minutos.

El cuerpo de Lázaro se movía ágilmente entre los cacareos. No entendía muy bien cuál sería la situación desde fuera, pero su plan era simple: atraería a las gallinas con la comida que les daban, y con la otra mano inspeccionaría sobretodo la espalda y alas de la gallina, notando si a alguna le faltaban plumas por alguna zona del cuerpo. No sabía mucho de gallinas pero era lo más sencillo que se le ocurría. Si les tapaban los ojos tenía que ser un problema que la vista pudiese detectar facilmente, asi que su mano haría ese trabajo.

El plan funcionó afortunadamente y le llevaron a la siguiente ronda. Le habían metido en una habitación con una cama y una mesa de madera. Sobre la cama descansaba un hombre anciano que vestía ropas viejas y una visera gris. La mesa estaba llena de pastillas sobre trapos de tela y vasos de plástico con diferentes líquidos. La razón era que debía de curar al hombre enfermo con uno de esos medicamentos, dependiendo de cual fuese su mal, claro. En estas pruebas nunca había muerto nadie, pero sí que podía hacerle enfermar más de lo que estaba si se equivocaba estrepitosamente. Lázaro tenía cinco minutos para averiguar la enfermedad o dolencia del anciano y elegir el medicamento correcto, si es que lo encontraba. El anciano no parecía preocupado, si no más bien feliz porque le atendiesen de forma gratuita. Los minutos se le fueron acabando, y tan solo en los últimos segundos se acordó de una de sus charlas con Donna, sobre lo poco que le había enseñado sobre ungüentos. Lázaro cogió el vaso con el líquido más parecido al agua y partió en dos una pastilla rosada bastante tosca y de forma irregular. La pastilla se deshizo en el líquido al minuto y el anciano se tragó la mezcla de una sentada. Según ella, aquel remedio lo curaba casi todo. Solo tocaba esperar la reacción.

Funcionó lo suficiente y se dirigió a la última prueba, el casting, que se realizaba en un salón de actos. Un grupo de diez chicas, todas vestidas y maquilladas meticulosamente para aparentar pertenecer a la realeza. Sin embargo, tan solo una lo era realmente. No podían hablar ni moverse, tan solo mirar. Lázaro tampoco podía hablar con ninguna de ellas, tan solo acercarse. Resultaba una prueba difícil para cualquier persona.

- La número 8. -

Lázaro decidió rápido, sin demorarse apenas unos minutos. Y acertó. Casi todos los presentes se quedaron sorprendidos por su precisión, sin haber intentado nada especial, tan solo paseándose alrededor del grupo de personas y acercándose a cada una de ellas.

Lo que las delataba para Lázaro era el olor, no porque oliesen mal o no llevasen perfumes si no porque una de ellas desprendía un olor peculiar, diferente. Era aceite de flor amarilla y vainilla pura. El olor le recordaba bastante a un amigo de su madre que fue a verles hace tiempo a la hacienda familiar. Era un magnate y decía codearse con las personas más ricas de la ciudad, por eso se podía permitir un perfume o jabón así. Para una prueba no se gastarían dinero en perfumar a todos con algo tan caro. Sorprendentemente, ni el se creía

que hubiese pasado el primer desafío entero habiendo acertado todas las pruebas con solidez.

Eizhan había fallado en el primer desafío, pero no se rendiría en los próximos. Este se había criado desde pequeño en las calles, sin poder controlar su ganas de querer explorar cada rincón, sin importar cada capa de suciedad que le bañarse la piel (ya casi dorada) y las interminables horas que había invertido en formar aquel museo de reliquias que guardaba su habitación. Si fallaba en su objetivo, daría diez veces más para la siguiente vez.



Para la segunda prueba, tocaba el desafío de agilidad y astucia. Se solía decir que un rey debía de conocer a cada uno de los ciudadanos y haber pisado cada uno de los rincones de la ciudad a menos una vez, pues si algo le pasaba, sabría donde ir y en quien podría confiar. El casco antiguo era la zona donde se había criado ir el rey y donde se realizaría la prueba. El actual rey acordaba anualmente el despeje de la zona durante esa noche a cambio de una compensación monetaria al ayuntamiento del distrito. Los participantes tenían una hora para encontrar la marca asignada al color y número de su bengala antes de que les encontrasen. Habría partidas de al menos el doble del número de concursantes, y tan solo un radio de 30.000 metros cuadrados para moverse, con límites protegidos por guardias contratados por el propio rey.

Para Eizhan, su táctica siempre era la misma: subirse al sitio más alto y desde allí elegir qué hacer. La antigua fábrica de telas era de los lugares más centrales del distrito y la azotea conseguía recoger casi toda la perspectiva. No era un sitio al que pudiesen acceder muchos, pues la única manera de subir era escalando por el exterior, pues la fábrica estaba en ruinas. Tan solo habían transcurrido diez minutos desde el inicio, por lo que Eizhan decidió no apresurarse como los demás. Por precaución, se tapó con una lona negra que había tirada en la azotea y se tumbó a ras del suelo cerca del borde del edificio, reconociendo el área.

Al echar un par de vistazos, se dio cuenta de que la distribución de las marcas no era casual. Cerca de cada color, había al menos tres o cuatro guardias patrullando el perímetro, y la persona nunca llegaría siquiera a ver la marca de cerca. Era un juego bastante sucio para considerarlo un torneo para “disfrutar y conmemorar”. Además, la mayoría de participantes irían a pie y les pillarían al tener casi todas las esquinas vigiladas. Eizhan decidió ir por encima de los tejados de las casas bajas, saltando con cuidado entre tendidos eléctricos, tuberías externas de fachadas y balcones de piedra.

Eizhan se deslizó un par de veces con la lona a modo de tirolina por el tendido y redujo el perímetro de su marca a un par de calles. La zona estaba vigilada por un total de doce guardias con armas de aire comprimido. Si el disparo le tocaba le dejaría lo suficientemente aturdido como para no poder levantarse a tiempo. Eizhan trazó una ruta que según él le daría la victoria, pero necesitaría elaborar una distracción.

De repente, su piel se erizó sin razón, como si alguien le mirase directamente. Eizhan levantó la cabeza y miró hacia la chimenea del tejado contiguo. Un par de cuervos apoyados en el borde de la salida de humos le observaban con ojos rasgados y amarillentos. Los cuervos voltearon sus cabezas y echaron a volar. Sus alas volaron lo suficientemente bajo como para llamar la atención de los patrulladores, que les apuntaron con sus armas de broma. Uno de los cuervos voló hacia arriba casi en vertical mientras que el otro se lanzó directamente a por las armas de los guardias. Todas las armas contaban con una placa brillante con el emblema real y a los cuervos les encantaban los objetos brillantes y pequeños. Los guardias se intentaron defender sin disparar, pero el segundo cuervo apareció sin avisar y cayó en picado sobre la cara de uno y le clavó sus garras sin piedad. El guardia gritó de dolor y los otros dos sacaron unos machetes de sus fundas para atacar a los pájaros.

Eizhan aprovechó el incidente y se descolgó por una de las paredes. Fue escondiéndose entre las sombras y columnas de las fachadas para que los guardias no detectasen su presencia. Dobló la esquina y pudo respirar. Consiguió llegar al lugar de la pegatina, clavada en lo alto de la pared. Tan solo eran dos guardias quienes la vigilaban pero el callejón era accesible solo por donde estaba él, y la parte de arriba estaba vallada eléctricamente. Eizhan cortó su propia bengala en dos y encendió la parte de la mecha. Dejó la capa en la entrada del callejón y la prendió. Al cabo de unos segundos, los guardias tuvieron que salir corriendo por la cantidad de humo irrespirable. Eizhan, sin pensarlo dos veces, se metió en la humareda con un trozo de tela puesto en la nariz y boca. Su cuerpo se movió ágilmente entre el desastre y cuando llegó a la pared, escaló lo más deprisa posible hasta la marca, cogiéndola apenas con dos dedos de la mano.

Los guardias esperaron con las armas bajadas a una distancia preventiva de la gran nube de humo. De repente, el cuerpo de un joven con quemaduras leves salió disparado, dio dos pasos y luego rodó por el suelo. Eizhan agarraba fuertemente la marca con sus dedos mientras sonreía. Uno de los guardias le dió agua de una cantimplora mientras el otro le aplaudía por haber hecho algo tan peligroso. Eizhan consiguió recuperarse sin mucha dificultad, aunque las quemaduras en el brazo se le haría costra lo más seguro.

Dejaron casi una hora de descanso hasta el siguiente desafío, aunque todavía no se consiguieron ver hasta entonces. La prueba de elocuencia era la 3ª de estas y de las más amañadas. Les traían de regreso a todos a la plaza de actos y allí se comenzaba la ronda de discursos, donde el pueblo, presente en la prueba, procuraba elegir a los candidatos que mejor lo hiciesen, casi siempre nobles. Ambos pasaron las dos primeras rondas y quedaron entre los 20 primeros, Lázaro con su astucia y alma de vendedor y Eizhan con su carisma natural. Para la penúltima ronda, cada uno debía de venderse a sí mismo, decir quien era, de dónde venía y su estatus social. Eizhan quedó en el 18º, pues básicamente no tenía ningún nombre que le respaldase. Era el turno de Lázaro, pero se negó a decir nada sobre él. Desde el público, le abucheaban por su orgullo, e incluso alguien pareció reconocerle, gritando el nombre su familia, Rodes, pero nadie salvo él hizo caso del comentario. Finalmente, acabó en el último de los puestos, 20º y ninguno pasó a la última ronda entre los diez primeros.

Para la prueba de valentía les llevaron a los acantilados ya a todos juntos. La prueba consistía en recuperar algunos objetos que tirarían al agua y que tendrían 30 minutos para recuperarlos, sin límite de radio y con temporal de marea alta y vientos fuertes. La prueba era opcional y ninguno de los dos decidieron participar. Eizhan no sabía nadar y por otro lado solo dejaban participar a aquellos que hubiesen pasado la prueba de agilidad. No fueron más de 4 o 5 participantes los que se atrevieron. Tan solo un chico algo más alto y mayor que Lázaro consiguió pasar la prueba y tardó tan solo 15 minutos, sin necesitar ayuda ni terminar ni siquiera exhausto, parecía que había nacido para ello. La mayoría de participantes le aplaudieron al regresar pero él ni se inmutó.

De seguido, dio comienzo la 5ª prueba. Esta vez les pidieron ponerse por parejas. Tan solo les explicaron que tendrían 45 minutos para salir desde que sonase el aviso. ¿Qué aviso? ¿Salir de donde? Lázaro y Eizhan hicieron equipo. Lo siguiente que vieron fue todo oscuridad, un saco en la cabeza y mucho movimiento.

Un golpe de campana les despertó.

- ¿Que ha pasado? - preguntó Eizhan, aturdido.
- La prueba. Creo que nos han encadenado el uno al otro. ¿Puedes levantarte?

Todo estaba a oscuras, pero Eizhan movió la mano izquierda para comprobarlo. La cadena era corta, y tenía un cierre en medio, por la forma redonda y un hueco que seguramente sería para la llave. Eizhan y Lázaro se levantaron en un intento de no caerse.

- Cómo de grande debe de ser esto - se preguntó Eizhan.
- ¿Has oído las gaviotas? -
- ¿Como? No te entiendo. -
- Shhh.

Eizhan y Lázaro permanecieron en silencio. Al fondo, no muy lejos se oyó el graznido de un ave. Luego, una ola que rompía contra un muro, o contra las piedras. Parecían seguir cerca de la costa, seguramente en unos almacenes o naves del puerto.

- Mi familia - ese posesivo le dolió - tiene varios almacenes para guardar los tanques y barriles de alcohol. Nunca he visitado ninguno, pero sí sé que todos están diseñados de igual manera. Suelen ser edificios de techos altos, las reservas las tienen a los lados y con una planta de arriba para la zona de oficina. Tendría que haber...
- De acuerdo. Te sigo. - Eizhan asintió mirando directamente a Lázaro.

Ambos caminaron durante unos minutos a tientas por el espacio hasta chocarse con una especie de verja metálica. Lázaro pasó su mano no atada por la pared hasta encontrar un

interruptor. Tiró de una palanca hacia abajo y accionó algo de allí, con un sonido de empuje sobre algo metálico y pesado. Las verjas se habían apartado y se subieron a una plataforma cuadrada. El montacargas se elevó entre chirridos.

En la planta de arriba al menos se podían distinguir formas gracias a la luz que entraba entre los tablones de madera del techo del almacén. Era el turno de Eizhan, a él se le daba mejor buscar. Ahora debían de encontrar una llave para liberarse. El suelo era igual de madera y crujía a cada paso que daban. Eizhan iba pegado a la pared, saqueando cada objeto o mueble que encontraba, pidiendo a Lázaro que hiciese lo mismo. Tan solo había encontrado papeles, material de oficina, ropa de cama y botellines vacíos. Lo único interesante había sido una especie de bolsa de tela en la que habían guardados distintos matasellos, uno de ellos con el mismo símbolo del caballito de mar. Se lo guardaría para verlo más tarde.

- Oye - le dijo Lázaro - esto es subrealista. -riéndose- Nunca pensé que fuese tan...¿real? ¿complejo?.
- Ni yo. No sé ni cómo lo habrán organizado. Pensar que lo hacen todos los años...
- ¿Dan ganas de repetir verdad? - Eizhan no se esperaba aquella respuesta y su reacción fue entre sorpresa y un suspiro de alegría- Ha sido tan inesperado que me lo he pasado genial.

Eizhan dió un golpe hacia atrás con su brazo izquierdo, dando un tirón en el brazo de Lázaro.

- ¡Auu! -
- Yo tambien quiero repetir, pero antes hay que terminar la prueba. -

Lazaro suspiró y acto seguido soltó una risa de gratificación. Eizhan y Lázaro decidieron buscar más a fondo, subiendose a sillas para buscar en sitios altos, o yendo agachados por el suelo por si encontraban alguna grieta extraña o compartimento en el suelo o en la pared. Eizhan encontró debajo de una cajonera metálica un hueco bastante grande, pero no le llegaba para meter la mano. La estantería estaba aprisionada al suelo con tornillos, y solo consiguieron quitar dos a base de golpes, con la suerte de que estaban podridos por la oxidación. Lázaro tenía que quedarse levantando la estantería por un lado mientras Eizhan agachaba el brazo libre por el hueco del suelo. El aparato era pesado y no aguantaría mucho tiempo. Eizhan metió la mano. Lázaro apretaba los dientes casi sin respiración. Por suerte, Eizhan buscó con la mano más y consiguió rescatar una pequeña bolsa de plástico. El mueble cayó a su posición inicial y retumbó todo el suelo.

- ¿Es la llave? - dijo Lázaro entre respiraciones, con las manos enrojecidas e hinchadas por el tacto ardiendo de sus yemas.

Eizhan sacó un objeto no muy grande y alargado de la bolsa y lo probó directamente en las esposas.

- No lo es. - hubo un silencio incómodo. - Pero tiene que ser para algo. -

Lázaro le quitó la llave de las manos y la inspeccionó cómo puedo.

- La llave es...más grande que si fuese para abrir un candado o un cajón-

Eizhan cogió rápidamente una silla y se volvió a subir para tantear al techo. Consiguió encontrar una forma parecida a un borde y lo siguió con el dedo por el contorno. Tenía una forma cuadrada y con un tamaño grande. Dio un golpe y sonó hueco, como si no hubiese nada al otro lado. Al final encontró un agujero en uno de los lados de la superficie.

- Creo que he encontrado la salida -

Eizhan probó la llave y giró dos veces hacia la derecha. Empujó la superficie hacia fuera y sacó la cabeza por el hueco. Lo primero que sintió fue el olor a mar. El agua traída por el viento le golpeaba la cara, pero no le importaba. La ciudad se veía de fondo con sus últimas luces encendidas. Parecían que habían pasado días desde que habían comenzado las pruebas. Antes de subir a la silla, Lázaro oyó un ruido dentro del almacén antes de salir, como si alguien les hubiese vigilado durante toda la prueba. Eizhan y Lázaro consiguieron salir del almacén sin mucha dificultad, aliviados por haberlo logrado y salido de allí.

Eizhan y Lázaro llegaron a una pequeña plaza en el propio paseo marítimo de la ciudad, a escasos metros del mar. Ambos estaban sudados y todavía atados con las esposas los primeros minutos, aunque parecía que ya se habían acostumbrado a llevarlas. La mayoría habían conseguido quitárselas, pero solo nosotros y tres parejas más habían conseguido salir de la nave a tiempo. Fue la primera vez que nombraron el total del número de participantes. Habían ganado cuatro parejas pero de un total de 188. Según anunciaron, las pruebas habían finalizado y pasarían a mencionar a los ganadores de cada desafío. La plaza no le resultaba familiar, hasta que se fijó en la estatua poco iluminada del centro. Era un jinete montado en un caballito de mar, y ni el jinete ni el caballo tenían cabeza. Mientras se entregaban los premios, la mujer de azul de la presentación daba un discurso sobre la construcción de la estatua, situada allí al ser el lugar donde fue encontrado por primera vez al caballero, y sobre el legado y la valentía del rey.

Todos los premios eran similares, una retribución económica, un pequeño título real y un trofeo único (no individual) para cada prueba. El trofeo que entregaron a Lázaro era un búho con las alas batidas sobre una gran bola de cristal, fabricado con oro blanco, perla y cristal. Eizhan recibió un zorro caminando y mirando de reojo, bañado en granate y onix. La figura de la última prueba otorgaba dos trofeos (por pareja) de dos caballitos de mar, mezclando amatista y jade, con el mismo material cada uno pero el color de la piedra invertida. Entre el resto de pruebas, el chico alto y nadador recibió una orca envuelta entre olas hecha de distintos cuarzos y como principal material zafiro, y entre los tres primeros puestos del

desafío de elocuencia, repartieron un ciervo con grandes astas, bañadas en ámbar y el cuerpo en topacio.

Lázaro todavía no se creía haber ganado dos de las pruebas entre tantos participantes y menos que le estuviesen felicitando gente (concurstantes) que no conocía de nada. Había sido un día de locos y en el fondo no quería que acabase tan rápido. Conoció participantes de fuera de la ciudad, de clase baja, alta, gente que se había entrenado específicamente para el torneo, devotos, anarquistas... No sabía cómo asimilarlo pero le gustaba la sensación. Alguien le agarró por el cuello y la cintura y le propinó un abrazo gigantesco que casi le elevó del suelo. Por supuesto, era Eizhan. Ambos levantaron los trofeos a la vez, brindando. Podría ser quizás uno de los mejores días de su vida, al menos esa noche.

CAPÍTULO 3 TRASTORNO DE VIDA

Los cuervos le miraban desde el otro lado del cristal, al unísono. No uno ni dos sino decenas de ellos. Lázaro dormía en su cama plácidamente, con el torso desnudo, el pantalón a medio quitar y las zapatillas todavía puestas. La habitación estaba medio iluminada, entrando los primeros rayos de sol del día. Lázaro se revolvió entre las sábanas y abrió los ojos momentáneamente, al sentir la mirada de alguien sobre él. Por un segundo se asustó mucho y se apartó hacia la pared, cogiendo la lámpara de su mesa como arma improvisada, pero no había nadie dentro de la habitación, tan solo una bandada de cuervos, que ni se inmutaron por su reacción. Unos segundos después, los cuervos empezaron a hacer ruidos extraños y a picar el cristal todos en la misma dirección, aunque no parecía que quisiesen romperlo. Lázaro se acercó al cristal con precaución y vio una carta sellada tirada en el suelo. Este miró el sello, totalmente negro y sin ningún símbolo. Decidió abrir el sobre con un abrecartas que tenía en el cajón de la mesilla. A la par que levantó la solapa, los cuervos salieron despedidos hacia la misma dirección, perdiéndose entre el horizonte. Parecía que sólo estuviesen esperando al momento en que abriese el sobre. La carta tenía un color tostado e incluso algo verdoso y la letra algo pequeña.

Esto es una proposición sellada del gremio de ladrones de Roona.

Estuvimos viendo el torneo y nos llamó la atención tanto tu desenvoltura en él como tus habilidades.

Si estás dispuesto a escucharnos, te esperamos mañana a las 9 en la habitación 101 del Hotel Bitácora, en el distrito comercial de Canalscopio (zona noroeste de Roona).

Si no vas a asistir, mete este papel junto al sobre en agua caliente y se evaporarán en unos minutos. Procura olvidar el asunto.

Si hablas a alguien sobre ello, date por muerto, novato.

- Joder - fue lo primero que pensó. - Debe de ser una broma, el gremio de ladrones. ¿Por qué le querían? ¿Existía de verdad? No había apenas información sobre ellos,

ni siquiera si realmente existían, aunque siempre que se les nombraba era porque ocurría algo malo. -

Lázaro se tiró sobre la cama, de espaldas, sin soltar el sobre. Giró la cabeza y miró hacia el armario. Dentro, entre la ropa, estaban escondidos los dos trofeos que había ganado la pasada noche, que le habían traído tanta felicidad como ahora desconcierto.

- ¿Qué necesitaban de alguien como yo? Algunos decían que el gremio controlaba gran parte del dinero de la ciudad, que eran terroristas, personas inmorales y frías, espías extranjeros o incluso asesinos a sueldo. Pero nunca había oído hablar de que buscasen gente - Eizhan tragó saliva - ¿Por qué? Si, seguramente sería una broma pesada. Eso significaba que alguien le había visto participar en el torneo...podría ser alguien de su familia, o alguien cercano que le conociese.

La curiosidad le incitaba a preguntarse más y más, queriendo ir, pero el resto de él le parecía una locura que era mejor olvidar antes de que nadie se enterase. De pronto, un golpe seco sonó cerca de la habitación. Lázaro se guardó la carta y se levantó. Se colocó en guardia pegado a la pared, mirando hacia todas direcciones, empuñando con fuerza el abrecartas. Un segundo golpe sonó y esta vez enseguida pudo localizar de dónde venía. Una piedra había chocado contra uno de los paneles de la pared acristalada, pero la piedra había venido de abajo del edificio. Lázaro se acercó con cautela y abrió uno de los paneles. Un joven de pelo oscuro le saludaba desde la oscuridad del callejón que daba a su cuarto. Ese chico era Eizhan, que levantaba con la mano un sobre con el sello quitado, el mismo que había recibido Lázaro.

- Si él también la había recibido entonces no era más serio y no una simple broma - pensó sin darle más vueltas.

Lázaro se puso una camisa informal, cogió una chaqueta de piel y unas zapatillas viejas que guardaba al fondo del armario. Rescató también una mochila vieja y metió lo más de prisa posible las cosas. Un par de bocadillos que se había preparado él mismo en un momento en la cocina, con sobras de pollo a la barbacoa, queso fundido, huevo frito y bacon, también una botella de agua, un mapa y la insignia familiar, la cual guardó en una bolsa pequeña para no perderla por si la necesitase. Lázaro se miró los pantalones. Llevaba los mismos de ayer y se los dejaría, pues era los únicos que tenía que no eran de marca, un regalo de Donna por su último cumpleaños. Lázaro metió la mano para buscar su cartera, con dos mil coronas en billetes y una brújula antigua guardada en uno de los huecos. Sacó la mano y la volvió a meter en seguida. Hundió las dos manos a la vez, revolviendo los bolsillos por dentro, pero la cartera no estaba. La había perdido, pero no sabía cuándo ni dónde, pero no podía hacer nada. Cogió todo y salió por la puerta de las cocinas, que daba al mismo callejón. Hacía bastante tiempo desde que no se presentaba por allí, más o menos cuando Lázaro comenzó en el negocio familiar. Eizhan le esperaba apoyado en la pared de enfrente, con una mochila colgada del asa.

- Sabía que te llegaría ti también. - Eizhan agitó con sus dedos índice y corazón el sobre abierto. Lázaro sonrió. - Parece que nos han invitado...el gremio. - Eizhan estaba entre excitado e impasible, sin creérselo.
- Hay que ir, al otro lado de la ciudad - Lázaro se acercó a Eizhan y le colocó la mano en el hombro, apretándole. Inspiró fuertemente y soltó el aire aún más denso. - Qué miedo - hubo una pausa corta - pero quiero ir, quiero saberlo. -
- Siento lo mismo - le respondió Eizhan. Ambos estaban igual de pillados por la situación, aunque a diferentes niveles.
- Contactar con el gremio es...una locura. ¿Quieren reclutarlos? No perdemos nada. No. Si. Es peligroso. - Lázaro oía una vocecilla que le susurraba aquello desde hacía largo rato.
- Es como una de nuestras aventuras de hace años, aunque ahora iremos más lejos de nunca. - Eizhan le respondió aquello intentando tranquilizarle, aunque no sirvió de mucho.

Era hora de ponerse en camino. Eizhan tenía razón. Primero, ambos se tendrían que saltar todo el día de trabajo si querían llegar y volver a tiempo, ya que tendrían que ir a pie, pues ninguno contaba con dinero. Eizhan había conseguido convencer a sus hermanos para que le cubriesen su turno si mañana doblaba, mientras que Lázaro había preferido guardarse la información y escaparse sin avisar, pues seguramente nadie le entendería, ni siquiera su tío, que ya le había salvado un par de veces del apuro. Lo mejor era hacer las cosas sin pensar y luego afrontar como pudiese las consecuencias. Tardaron unas cuatro horas en atravesar la zona centro de la ciudad, pasando por Independence Palace (la zona *kitsch* de su mismo barrio), las caravanas, de este a oeste, el distrito de los metales, los barrios más famosos de las especias, y lo penúltimo que dejaron atrás, las casas colgantes de los acantilados.

El barrio de las lavanderas daba entrada al hemisferio norte de la ciudad. Lo llamaban hemisferio pues todo era diferente entre los dos lados. La zona norte era distinta en todos los posibles sentidos: desde el clima, más frío y seco, con casas de muchos pisos, apiladas de forma irregular, rodeadas de plantas trepantes y un extraño mejunje de olores densos y vaporosos. La tecnología existente estaba mucho más instaurada en el día a día (lo que más, automóviles, radios de frecuencia e industrias que fabricaban productos en cadena), la gente era más inteligente, codiciosa y daba la impresión de que todo el mundo te intentaba comprar el alma. Eizhan se iba disculpando como podía entre cada persona que le ofrecía algún tipo de servicio, mientras que preguntaba entre los puestos donde pudieran adquirir piezas para el telescopio. Lázaro en cambio iba fascinado, un poco en su mundo, sin dejar de observar todo lo que le rodeaba. Aprovechaba de vez en cuando para acercarse a escaparates y puestos con la curiosidad de saber que venderían: a veces cosas normales como comida, aromas o piezas de recambio, y otras veces se centraba más en el servicio al cliente, con grandes restaurantes, lugares de ocio e incluso algún local de masaje que le hubiera gustado probar. El barrio de las lavanderas se llamaban así puesto que las casas

contaban con cuerdas de más de treinta metros de largo que atravesaban de un lado a otro y se utilizaban principalmente para tender la ropa. Para que el agua no cayese hacía los que paseaban, se ponían unas lonas transparentes que hacían caer las gotas hacía unas canaletas instaladas por fuera, en las fachadas de los edificios. Definitivamente estaban más avanzados que sus compañeros del centro y sur.

Eizhan y Lázaro pararon para comer en una plazoleta con bancos de madera circulares. Al poco tiempo, comenzó a llover, con suerte de que la lona conseguía tapar casi toda la lluvia. Lázaro dió el primer mordisco al bocadillo, y Eizhan le siguió, soltando algún sonido de deleite de lo bueno que estaba. Los bocadillos aún seguían calientes y se agradecía.

- ¿Te gusta? - le preguntó Lázaro, con cierta gracia.
- Hmmm. Si pudiese permitirme algo así, lo comería todos los días. - con la boca aún llena. - Ahora no llevas dinero, hm, pero deberías de gastarte más en lo que te gusta.
- O en lo primero que se me pase por la cabeza.
- Exacto.
- Un masaje, de cuerpo entero, con aceite, con largos y amplios movimientos, deslizados y en presiones circulares, para relajar y liberarse... Lo he leído en el escaparate, tenía buena pinta. - Eizhan se rió bastante tras la respuesta de Lázaro.
- Yo probaría a ir a unos de esos restaurantes de las azoteas, seguramente me pediría algo como *solomillo de ciervo con salsa agria y picante y patatas gajo*, luego probaría toda la carta de postres, alquilaría una habitación solo para descansar toda la tarde o lo que sea, y por último me iría a alguna casa de juego a gastar el dinero que me sobrara y a ganar o perder.
- Ni yo tengo tanto dinero. Pero suena bien. Siempre podrías gastártelo en tus *trastos y chatarras*. - esto último lo dijo con énfasis, para picarle.
- Sabes que son cosas útiles, me gusta coleccionarlas y... a algunas las doy utilidad. Tu que tendrías ¿Un almacén lleno de barriles de cerveza?

Lázaro reaccionó mirándole molesto a la par que se relajaba, y al final se reían juntos.

Eizhan le cogió de la muñeca y le miró el reloj. Eran las seis de la tarde y el sitio estaba a un par de horas todavía atravesando la ciudad. Debían de salir cuanto antes. Eizhan respiró.

- ¿Qué crees que nos vamos a encontrar?
- No tengo ni idea. Pero estamos juntos en esto. - hizo una pausa - hay que saber qué quieren de nosotros. -

- ¿No es obvio? Reclutarnos, que trabajemos para ellos seguramente. O quizás matarnos, o secuestrarnos. Aunque eso es menos probable.-
- ¿Por qué has venido? Se preguntó Lázaro a si mismo. -

Eizhan y Lázaro siguieron su camino. Transcurrieron largo y tendido entre las calles de la ciudad, cada vez más cerradas y oscuras, y con aún más ansias de querer compartir. La luz se había tornado anaranjada en sus últimos minutos de vida, y el distrito de Canalscopio comenzaba a mostrarse: más clandestino, monocromático, y con neones en carteles de todo tipo: burdeles, restaurantes, hoteles, seguramente la mayoría ilegales. No solo era por la zona, si no que a partir de cierta hora del día, era el clima general el que se volvía más oscuro y selecto con sus transeúntes. No estaban acostumbrados a que todo el mundo te observase, las luces parpadeantes de los locales para que entrases, gente discutiendo e incluso pegándose a la salida de los bares, y ellos como dos pequeñas ratas encerradas en un gran laberinto. Si la dirección era la correcta, ya estaban cerca del hotel.

El primer fallo fue pensar que les reunirían en un hotel clandestino. Todo lo contrario, el edificio destacaba sobre el resto: era alto, con grandes ventanales, sobreiluminado, conservando su arquitectura externa anterior, una capilla renacentista transformada en un hotel de lujo. Cruzaron el molinete giratorio y un personal de seguridad les cacheo al momento, teniendo que dejar la mochila y pertenencias en el guardarropas. Por dentro, el hotel era aún más impresionante. Habían dejado las pinturas originales de techos y paredes, y conservaban también las columnas y arcos. Sin embargo, habían construido nuevas paredes para las habitaciones, levantado diferentes pisos y un sinfín de escaleras de caracol que los conectaban. Nos acercamos a la recepción, atendida por una mujer bastante mayor que vestía un traje chaqueta grisáceo y el pelo recogido. Sus pequeños ojos nos observaban con atención mientras sacaba y abría el libro de inscripciones. El guardia había vuelto, y no se separaba apenas de nosotros, observándonos desde la distancia.

- Nombres - dijo ella, al instante.
- Eizhan Bargo. -
- Lázaro...Rodes. Habitación 101. -

La mujer les pidió que viniesen más cerca del mostrador, primero uno y luego otro. Enfocó a Eizhan con una lámpara de mesa de frente, casi tan luminosa que le dejó ciego durante esos instantes.

- Joven, rasgos americano-hispanos, ojos verdes y rasgados, moreno, complexión atlética, 1,77 metros aprox, tez triangular y simétrica. - la mujer murmuraba como si se tratase de una lista de la compra, trasladando la mirada desde el libro hasta el chico, y viceversa. - Joven 2. Rasgos caucásico-americanos, ojos café y standar, rubio cobrizo, complexión menos atlética, 1' 82 metros aprox, tez cuadrada. -

La mujer inclinó la cabeza hacía delante, dando el visto bueno al guardia, que comenzó a caminar alrededor de ellos, mirándolos de arriba a abajo.

- El chico rubio lleva el emblema en su equipaje y huele mejor. Él parece burgués y el otro, un chico corriente de las caravanas. Aunque ambos vistan ropas para pasar desapercibidos, se nota a la legua la diferencia.

El hombre se acercó al mostrador e intercambio un par de palabras con ella. Al segundo, sacó las cartas de ambos del bolsillo interno de su chaqueta y las dejó en la repisa. Lázaro parecía cabreado por el descaro con el que les habían tratado, pero solo apretó el puño. La mujer sacó sin reparo una bandeja metálica, con un par de tazas y una gran tetera metálica. Abrió la tapa y rompió la carta en pequeños trozos, que fue dejando caer en el interior hirviente. Luego cogió una varilla metálica y le dio vueltas para que se deshiciese.

- ¿Queréis té? - preguntó ella, pero no hubo respuesta de ninguno.

Cogió la tetera por el asa y sirvió el té verduzco en ambas tazas. El guarda agarró la suya y se la bebió de un trago.

- Podríais habernos tratado mejor - suspiró - ¿Hemos pasado vuestro examen de identificación?

La mujer mayor le sostuvo la mirada. Luego se dió la vuelta y cogió de uno de los cientos de ganchos la llave de su habitación.

- Da igual, déjalo. - le dijo Eizhan - ya se la devolveremos de alguna manera inteligente.

Lázaro pareció ignorar el comentario, sumido en el cabreo. Intentó respirar y se acercó a la recepción a por la llave, sin decir nada más.

- Escalera centro, pasillo 11, 3ª planta, ala izquierda, *room 101*. -

La habitación 101 estaba al fondo de un largo corredor. Las ventanas de la izquierda conservaban las vidrieras originales, mientras que las habitaciones que quedaban a la derecha parecían recién reformadas. El corredor lo recorría una gran alfombra rojiza con temas religiosos acolchados en esta. Lázaro deslizó la llave sobre la cerradura y giró el mecanismo dos veces hacia la derecha, sonando un *click* instantáneo. Al entrar, las luces de todo el cuarto se encendieron. No distaba de cualquier tipo de habitación de hotel, con el típico baño con una bañera y un gran espejo. La habitación tenía una cama de matrimonio, un armario y un ventanal que daba a la calle. Eizhan se tumbó en la cama, descansando del viaje, mientras Lázaro miraba las vistas desde la cama. El reloj de encima de la cama tenía un sonido particular, que marcaba cada minuto que pasaba. No les dio tiempo a intercambiar muchas palabras. Ahora eran las 20:56. Clong. 20:57. Clong. 20:58. Clong. 20:

59. 21:00. Un par de golpes secos sonaron desde el otro lado de la puerta. Lázaro fue el que se levantó primero, giró el pomo y abrió con cuidado el hueco justo para ver quien era. Un cuervo pasó por encima de su cabeza y voló hacía dentro de la habitación, sin parar de dar vueltas por el techo. Luego otro, y otro cuervo. Lázaro cerró la puerta de golpe, pero uno de los cuervos consiguieron abrir la ventana y que se colasen más, que jugaban por el aire, alborotados. Eizhan y Lázaro se echaron al suelo, tapándose la cabeza con los brazos. Un silbido calmó a los cuervos, que se posaron alrededor de los objetos que había por la habitación. Quien había sosegado a los cuervos también había conseguido abrir la puerta entre el barullo y ahora les observaba de pie en la habitación. Lázaro y Eizhan se pusieron en pie. El hombre rondaría los 26-27 años, tenía los ojos clarísimos, azules, pelo castaño y barba, llevaba puesta una cazadora azul marina y tatuado en el cuello un dibujo en negro de un cuervo atacando, formado dentro por muchos otros cuervos. El hombre estiró sus brazos para despertarlos, luego la espalda.

- Me podeis llamar Angel. ¿Vosotros sois Lázaro y Eizhan no?. - esto último lo dijo sonriendo. - Sentaros donde queráis. ¿Os ha gustado el espectáculo? Es la típica entrada que se suele hacer en estos casos, para asustar, impresionar o ambas cosas supongo, "procedimientos del gremio".

Lázaro y Eizhan se sentaron en el borde la cama, aún tensos.

- Os estaréis preguntando por qué os hemos citado. No es algo malo si decis que no, pero seguro que será alguno buenísimo si decis que si. No esteis incomodos, tomaroslo cómo... una oferta de empleo, o de vida, quien sabe.

En ese momento, Lázaro terminó de encajar lo real que era la situación, sobre la existencia del gremio y la posibilidad de una oferta.

- Mis compañeros, entre ellos yo, os vimos a todos competir en el torneo anual del Caballito de Mar. Sin entrar en muchos halagos, fue interesante veros pensar y actuar consecuentemente durante las pruebas, al igual que cuando trabajasteis en equipo; se nota que teneis una gran complicidad. Nos podrían interesar ciertos aspectos separados, como vuestra capacidad de deducción, la gran toma de riesgos, una mentalidad estratégica o vuestra perseverancia, pero creemos que podeis dar todo eso y más. Por ello, más allá de ofreceros un trabajo, vengo a ofreceros un modo de vida. Unirse a la hermandad nunca es definitivo, siempre que se cumplan los pactos de silencio, nadie te obliga a pertenecer para siempre a este mundo. Pero la hermandad va mucho más allá de lo que parece. Cuando hablo de modo de vida hablo de cómo la hermandad supone un pilar más para la gente, aunque no lo sepan. Nos encargamos de gran parte del flujo monetario, actuamos como cobradores ante aquellos que no pagan sus rentas y deudas, llevamos las casas de juego y casi cualquier tipo de actividad de ocio, somos ladrones ante los ricos y prestamistas para las empresas, enloquecemos el valor de la moneda para estabilizar el mercado y que no haya grandes descompensaciones. Es cierto que algunas ramas dentro de la hermandad se dedican a hacer trabajos poco gratos,

extorsión y eliminación principalmente, aunque son pocos y solo los utilizamos en casos extremos.

- ¿Y Como nos integraremos nosotros a todo ello? - respondió Eizhan.
- Buena pregunta. Según he dicho, por el potencial que hemos visto, lo mejor sería empezar dejándoos un tiempo de prueba, distintos puestos y distintos encargos, ver donde podríais encajar mejor.
- ¿Sabéis? Esto es como una pequeña gran familia, cada uno tiene su desempeño, pero mientras estás de guardia estás con tus compañeros, coges confianza y te vuelves más y más bueno si te gusta lo que haces. Cuando no trabajas puedes planificar, si no dormir, comer, follar, conociendo nuevas caras, explorando cada palmo de la ciudad y siendo alguien más.

A Lázaro se iluminaron los ojos sin poder evitarlo ante la respuesta del hombre. Eizhan también escuchaba atentamente cada palabra que decía, con los ojos fijos en él.

- Habría un entrenamiento intensivo, contaríais con miembros del gremio que os instruirían en lo físico y mental, a escabuiros, fingir ser otra persona. El gremio puede parecer oscuro y despiadado desde fuera, si te fias solo de rumores y experiencias falsas, pero lo que se busca tan solo es un equilibrio, impartiendo justicia pero saltandonos las reglas muchas veces estúpidas, impuestas por el gobierno y el maldito rey. Pareceis chicos listos, y sabeis que el dinero corrompe, pero también da control y poder, y si sabes utilizarlo te puede beneficiar. Lo que os ofrezco es una oportunidad a abriros a un nuevo mundo, un oficio y un nuevo modo de vida. No os estoy vendiendo nada que no me gustase a mi, y todo es cierto si sabes aprovecharlo bien. ¿Qué decís?

Lázaro se puso de pie, caminando por la habitación, ignorando la presencia de los cuervos. Siempre que se ponía nervioso se acariciaba la oreja izquierda, era un reflejo instintivo. Eizhan, en cambio, lo tenía bastante claro. Le parecía arriesgado aceptar ya, pero no podía dejar escapar algo así. Eizhan se puso de pie y se acercó a Lázaro.

- Qué necesitas. Entiendo que no sepas qué hacer, ni sabemos lo que nos espera.
- No sé cómo dejaría todo ello atrás y tener que mentirles, dejar la destilería...
- Ya...
- Quizás no sea mejor, pero siento que tengo que aceptar, porque si, por mi.

Eizhan se quedó sorprendido por la respuesta, pero entendió lo que quería decir. Eizhan se colocó al lado de Lázaro y le apretó el hombro. Lázaro soltó un gran suspiro de tregua y se le formó una gran sonrisa en la cara de punta a punta. Nunca le había visto sonreír así, tan aliviado y excitado al mismo tiempo por la decisión.

- Aceptamos los dos. - dijo Lázaro.
- Me caéis bien, novatos. Nos veremos pronto entonces.

Ángel sacó un papel cuadrado del bolsillo de la chaqueta y se lo tendió a Eizhan. Ambos lo leyeron: era la siguiente dirección donde se reunirían. La bandada de cuervos no tardó en moverse y revolver de nuevo toda la habitación. Los golpes de las alas y zarpas de los animales les obligaron a tirarse al suelo otra vez, sin perder ojo del espectáculo. El revuelo formado por los pájaros no duró mucho y todos acabaron saliendo por la ventana. El hombre ya había desaparecido sin ellos darse cuenta. Eizhan y Lázaro se quedaron en la habitación los siguientes minutos, riéndose, asimilando la situación y ya pensando en la siguiente vez que se verían.

CAPÍTULO 4 PRIMEROS PASOS DE VIDA

Había transcurrido una semana desde la cita en el hotel. Lázaro realizaba la colecta de dinero tras la fiesta del Caballito de Mar. El bote de este año parecía memorable. Siempre se cumplía un sistema específico para dividir el dinero: desde las pequeñas monedas en botes herméticos hasta las coronas, que iban desde el típico billete de 50 hasta las 1000 coronas, guardadas individualmente en urnas transparentes y cuadradas, apiladas en grandes estanterías. Lázaro estaba sentado en el despacho en el centro de la habitación, rodeado de urnas que lo cubrían hasta el techo. A su izquierda, tenía una libreta donde anotaba todos los números. Lázaro llevaba desde primera hora de la mañana apuntando, ya con los ojos rojos del cansancio. Había tenido que enfrentar a su madre tras escaparse hacía dos noches y el día siguiente también, lo que solo le había traído más trabajo, más horas y una “gran” charla sobre el honor y la responsabilidad en la familia. Su madre era la que le daba más caña, dejándole como siempre de vago e irresponsable. El resto se limitaban a no decir nada y a hablar entre susurros.

De repente, alguien llamó dos veces a la puerta para entrar y atravesó la habitación. Quizás fuese hora de sincerarse.

- Lázaro. Tras el bote quiero que hables con tus primos, Fran y Claus ¿Tienes idea de en qué sección trabajan? – con ímpetu.
- Ni idea.
- Si. Son destiladores de la *Cold Rodes* aquí en la fábrica. Se encargan del proceso de fabricación de la cerveza desde 0. Pensé que te gustaría cambiar de “oficio” y probar algo nuevo.
- Mamá...
- Dicen que en la fiesta se te dio bien servir las cerv... - convenciéndole.

- Mamá. Tengo que hablar contigo.

Lázaro dejó de apuntar y se puso de pie, con la mesa entre ambos.

- ¿Hablar? Claro, pero... ¿No será un día libre más no?
- Tengo que dejarlo. El trabajo. - sin mirar directamente a sus ojos.
- ¿Cómo?

Su madre era pequeña de estatura, pero en aquel momento le pareció intimidante, como su cara se iba torciendo poco a poco.

- Hay...algo más y no quiero...dejarlo pasar.
- ¿Es una broma no? – a su madre se le saltó una lágrima, abatida por la repentina noticia. ¿Es...por una novia, un nuevo trabajo, estudiar fuera...?
- Quiero irme. Lo siento. No voy a irme para siempre ni nada, pero... - Lázaro cerró los ojos, casi protegiéndose de la situación - Da igual. – hubo una pausa corta. - Voy a hacerlo, me dejes o no...– Lázaro tragó saliva y esperó una respuesta, pero nunca pareció llegar.

Era momento de dejar atrás las cosas, sin entender bien por qué. Lázaro recorrió la habitación sin cruzar miradas y se quedó con la mano en el pomo antes de tomar su decisión final.

- ¿En serio que te vas? Espero que no te arrepientas, ni vuelvas luego buscando el mismo empleo. - su madre se tocaba la melena, nerviosa - Eso te lo digo como jefa. Como madre siempre tendrás tu habitación propia y...aquí estaremos. - soltó un suspiro que condensó aún más al aire encerrado en la habitación de la tensión - Puedes irte, seguiré yo.

Eizhan sostenía el mapa con el dedo pulgar e índice, buscando con la mirada el número. Lázaro le seguía unos pasos atrás, sin decir nada, ni siquiera mirando lo que tenía a su alrededor. Las tiendas ya estaban echando el cierre y no había mucha gente en la calle. El local 52 era una carnicería local. Eizhan y Lázaro se sentaron en un bordillo de la pared a esperar a que alguien les abriera. Al momento, un Cadillac rojo de cristales tintados llegó y se paró frente a ellos. Una de las ventanillas traseras se bajó y Ángel hizo una seña desde dentro para que subieran. Lázaro y Eizhan se subieron al carro y rápidamente perdieron la visión, como aquella vez: unas capuchas totalmente negras en la cabeza, aunque esta vez no les habían dormido. Habían recorrido veinte minutos en coche, dejando el vehículo en algún túnel subterráneo, caminaron cinco minutos por debajo de algún edificio público concurrido y luego atravesaron el alcantarillado largo rato, por el mal olor y el agua que

caía. Sonaron varios cierres que se desplazaron al unísono y una gran puerta metálica se corrió hacia un lado. La puerta se cerró tras ellos y les quitaron las capuchas.

- Primera regla, los novatos no deben conocer la ubicación exacta de la base. No os creáis que es la única ni la más importante. Hay muchas en la ciudad y fuera de esta también. Y ahora, bienvenidos a la base N° 21, vuestra nueva casa.

La base parecía haber sido construida en el interior de unas cuevas gigantescas. Del techo al suelo lo recorrían un montón de columnas formadas por estalagmitas y estaba iluminado por faroles colgados en ganchos salientes del mismo mineral. Los tres caminaron solos por el largo corredor de columnas, donde casi no se oía ningún ruido.

- Cuando os conté acerca del gremio, os dije que su principal objetivo era mantener el flujo monetario de la ciudad. Pues bien, eso implica luchar contra aquello que lo altera, que lo corrompe. El mayor tentador del poder de esta lista es el monarca, y todo lo que lo envuelve: empresas, clase burguesas e incluso el propio gobierno. Con esto quiero deciros que las decisiones que hay que tomar no siempre van a ser fáciles ni bonitas, pero todo lo que hacemos es por defender un interés mayor y común: el bienestar del pueblo.

Atravesaron un umbral gigantesco y llegaron a una zona de tránsito. A partir de aquí, el diseño de cuevas cambiaba totalmente. Las cuevas estaban divididas en superficies circulares con altos techos, como cuevas separadas por paredes, donde habían hecho puertas o directamente no era necesario pues estaban conectadas. En esta primera, no debía de haber más de quince personas, pero el tiempo pareció detenerse cuando entraron ellos. Todos les miraron fijamente, sin poder descifrar sus pensamientos inmediatos. Al segundo, todo siguió su curso. Cada uno siguió cargando con sus mercancías, buscando ingredientes para la cena, charlando o incluso acercándose a preguntar cosas a Ángel.

- La habitación ya está preparada. Tienes una reunión a las 10 con los ancianos.

El olor a estofado venía de algunas de las salas contiguas de la izquierda, al igual que el barullo. Ángel le dió las gracias y se despidió amistosamente del chico joven que le había hablado.

- Ahora os contaré algunas cosas interesantes. El mes de prueba comienza a partir de mañana. Mañana temprano empieza el entrenamiento intensivo y en tres días vuestro primer encargo. Me gustaría presentaros a varios miembros. Pero ahora seguidme a vuestra habitación.

Tomaron el camino que recorría el ala izquierda, un largo pasillo que quedaba separado por una cristalera en su lado izquierdo a un subnivel de la cueva, una sala hecha enteramente de roca que no sabían para qué serviría. Llegaron al punto donde se acumulaba el mayor ruido, al otro lado del portón al final del pasillo. Ángel les pidió que pasasen ellos primero. El comedor parecía llenarse a estas horas, entre risas, más de cincuenta personas, con gente de todo tipo y un olor a comida casera que desprendía mucho cariño y experiencia. Lázaro

había conseguido desdibujar por primera vez su actual cara indiferente en una especie de excitación y gratitud, pero no se pudieron parar. Siguieron el camino hasta las habitaciones, un gran laberinto de salas ramificadas con innumerables puertas donde era fácil perderse. Nos paramos frente a la última habitación del pasillo, la 10 – G. Ángel quitó un candado y luego abrió con la otra llave la puerta de madera. La habitación era grande, aunque no tenía nada especial. En una de las paredes habían colocado una cama litera y enfrente había un armario de roble para guardar ropa.

- Hoy os traerán la cena a la habitación y ya mañana se harán las presentaciones pertinentes. Os recomiendo descansar. - Ángel cerró la puerta tras de sí.

El frío matinal entraba por debajo de la puerta y resultaba molesto para dormir. No tenían ni idea de la hora que podía ser, pues allí no entraba ni gota de luz. Lázaro fue el primero en despertar. Una sombra se le había acercado en mitad de la noche y le había colocado un trapo en la boca para que no hablase y otro en los ojos para que no viese. Se lo había llevado a una de las salas y le había pedido por el camino que se pusiese un uniforme, todavía a tuestas. Parecía ropa holgada, pero no dificultaba el movimiento. Le había obligado a llevar los pies descalzos. Entraron por una puerta vieja y chirriante. La sombra se paró frente a él.

- Tu primer error ha sido confiar en mí y no intentar escaparte. – le quitó la venda de la boca y este soltó un suspiro para respirar - Me llamo Abril y voy a ser tu instructora de combate cuerpo a cuerpo – le quitó la otra venda de los ojos. Lázaro observó el espacio.

La sala, de superficie redondeada como el resto, contaba con un montón de pilas de cajas apiladas y una fuerte mezcla de olores a comida preparada. Estaba iluminada con cuatro faroles en las paredes del techo.

- El almacén suele ser un buen sitio para entrenar, con sitios para esconderse, confundir al rival, atacar por sorpresa, y con el suficiente espacio en la zona central para realizar un buen 1 contra 1. Cógela - esta le lanzó un arma de madera, una especie de daga tallada, de largo como dos palmos de su mano.

En el momento en que Lázaro cogió la daga al vuelo, ella cargó rápidamente contra su torso, con la daga al revés, propinándole un buen golpe contra el estómago que casi le noquea en el suelo, sin apenas tiempo para reaccionar.

-¿A qué viene eso? - pensó gritando dentro de su cabeza.

- La próxima te golpearé con la otra parte.

Lázaro respiró y se escabulló entre un muro de cajas apiladas. Sacudió su cabeza dos veces, intentando controlar su respiración. Empuñó como pudo el arma con su mano izquierda, y con la derecha lanzó patosamente un par de cajas al suelo para golpear a Abril. Oyó los pasos de sus zapatos y salió directamente a atacarla de cara. Ella le paró en seco

el golpe con la tapa de madera de una de las cajas y le intentó derribar con la misma. Lázaro no consiguió equilibrarse y cayó al suelo. Cuando ella se acercó a atacarle, con ayuda del suelo y sus piernas consiguió lanzarla hacia un lado, haciendo de efecto muelle con su cuerpo y piernas contraídas, lo que al menos la confundió unos segundos. Este aprovechó y se volvió a esconder corriendo detrás de una pila de cajas, pensando el siguiente paso. No le dio tiempo pues fue ella de nuevo quien le atacó, subiéndose a lo alto de la pila y saltando sobre él y sobre las cajas, algo arriesgado. Lázaro intentó parar el golpe con el peso de las piernas y sus brazos, pero tan solo se dio cuenta de que llevaba clavándose todo tipo de cosas en las plantas de los pies, y estos no aguantarían tanta presión, por lo que decidió tirarse a un lado con brusquedad, y por lo que el golpe pudo haber sido aún peor. Lázaro se levantó y fue hacia ella con toda su fuerza, sin pensarlo, y le lanzó un par de golpes en zig zag, pero ella consiguió pararlos fácilmente con la propia arma. El primer hilo de sangre bajo por el labio de Lázaro, seguramente por la anterior caída, pero no hubo tiempo para limpiarse. Lázaro corrió hacia el otro extremo de la sala, tirando todas las cajas que podía por el camino. Se escondió en un recoveco que solo tenía una salida viable, sin contar con la idea de escalar. Con ayuda del puñal, consiguió abrir algunas de las cajas. Abril paseaba por el pasillo de cajas con la tranquilidad de un animal salvaje que tenía atrapada a su presa pues se movía en su hábitat. Está pareció tener una fuerte intuición y derribó unas cuantas cajas del recoveco donde justamente se escondía Lázaro. Las cajas cayeron y el sonido no fue lo más agradable de oír, pero todavía necesitaba unos segundos más. Lázaro aguantó el dolor y no murmuró ni un grito. Abril se giró de espaldas, confundida por haber caído en su intuición. Entonces, él aprovechó y salió de su escondite, lleno de polvo, moratones y alguna herida superficial. En el brazo derecho, se había enganchado la tapa de una de las cajas como había hecho ella y empuñaba con el mismo el arma. En el otro, llevaba agarrado a duras penas entre el brazo y su pecho un saco con algún ingrediente dentro. Abril reaccionó rápido y se puso en posición defensiva. Lázaro casi no se podía casi mover de lo que pesaba, pero su cara solo expresaba seguridad más que ninguna preocupación. Abril comenzó a moverse en círculos con sus piernas, de lado a lado, preparada. No tardó mucho en asentar el primer golpe, que se llevó por delante el escudo improvisado de Lázaro, y le dejó parcialmente desprotegido. Abril se sintió más confiada y para el segundo asalto decidió disparar una serie de cortes rápidos e intimidantes al aire, que a Lázaro le costó no tragarse de lleno. Una vez acorralado contra las cajas, Abril decidió embestir de nuevo contra él, con la daga preparada para propinarle el golpe final. En el mismo movimiento, consiguió reaccionar rápido para el contraataque. El golpe de ella estalló contra el saco, que lo llenó todo de un polvo rojo e inundó aquel sector de la sala. Abril sufrió las consecuencias, no solo por no poder ver si no por el terrible picor en la nariz que daba aquella especia, algo parecido al curry o al pimentón rojo. Soltó el saco y se tapó con el vendaje toda la cara. Contra todo pronóstico, su idea no fue la de esconderse, si no meterse de nuevo en la niebla e intentar atacarla como pudiese. Lázaro fue lanzando golpes sin medición por donde creía que estaría la chica y uno de ellos golpeó lo que parecía ser su hombro, en un pequeño alarido de dolor. Al instante, la perdió de vista, y pasaron segundos hasta que se disipó la niebla lo suficiente. Lázaro sintió como su cuello era presionado por una daga que había aparecido detrás suya sin darse cuenta. Consiguió girarse y mirar de reojo para comprobar que le había provocado un moratón a la mujer por encima de la escápula.

A Eizhan le despertaron no mucho más tarde: mismo procedimiento, distinto sitio. Le dieron un uniforme y el arma de madera.

- En sitios abiertos serás bueno, pero en situaciones en las que estás encerrado en un edificio con decenas de guardias que te buscan necesitas ser más inteligente. Tienes cinco minutos para esconderte por todo el recinto, luego te buscaremos - un par de personas estaban detrás de él, sin decir nada. - Evita que te pillemos y cojamos en los próximos veinte minutos -

Casi parecía algo fácil. El lugar tendría contaba con distancias incalculables entre sus salas, las cuevas daban mucho espacio a esconderse y las habitaciones estaban suficientemente bien conectadas para encontrar varias vías de escape. Eizhan llegó a un tramo donde las cuevas se volvían más altas y con más salientes. Escaló sin dificultad por una pila de chatarra y fue subiendo por las rocas más picudas y anchas, hasta quedarse sentado en una de ellas, con las manos estratégicamente agarradas para no caer. Pasaron unos minutos y uno de los hombres cruzó el umbral, sin mucha prisa. Su primera acción fue mirar al techo y allí le vio. Eizhan se quedó helado por la rapidez del hombre, que empezó a subirse sin demora por el primero de los salientes, de un solo salto. Impulsó su cuerpo hacia el saliente de arriba, no muy lejos suya y dedujo que si quería escapar tendría que saltar. Rápidamente, se deslizó por la pared rocosa y saltó al suelo con cuidado. Echó a correr por el corredor contiguo, mientras miraba atrás. Un silbido sonó en la sala que había dejado atrás y de seguido oyó unos pasos ágiles no muy lejos de él. Eizhan con solo pared a los lados, barajó las pocas opciones que tenía, volver o seguir hacia delante. El segundo hombre dobló la esquina y Eizhan le colocó rápidamente la venda en la cara hasta envolverle la boca y le colocó la daga en la nuca. La reacción del hombre fue agacharse y ponerse de rodillas, haciéndole caso. No tardó en parpadear para que el hombre deslizase su mano por el tobillo y sacase otra daga igual. Eizhan esquivó con suerte el arma y se colocó para salir corriendo de nuevo. El guardia le pisaba los pies, aunque Eizhan siempre conseguía ir más rápido y a veces despistarle, todo sin parar durante cinco minutos a ojo. El último sprint le separó lo suficiente para que ni siquiera le oyese venir de lejos. Eizhan entró en una sala de entrenamiento, llena de armas, colchonetas y objetos con marcas para golpear y disparar. El reloj indicaba que en un par de minutos la prueba se terminaría. Su atención de distrajo unos segundos soñando con futuros entrenamientos y colecciones de armas para su propio afán. Un silbido sonó de la puerta que venía, serían los dos hombres. Lázaro cogió la otra puerta de la sala corriendo, pero al momento de atravesarla, sonó de nuevo el silbido, esta vez a escasos centímetros. Le cogieron de la muñeca con fuerza y le presionaron la nuez con la punta del puñal. El tercer hombre, el mismo que le había explicado la prueba, le había engañado sin necesidad de correr detrás y todavía quedaban unos segundos para que terminase la prueba. Había fallado.

- No está mal, pero necesitas ser menos impulsivo y pensar más.

Ángel se había presentado con un par de toallas para ambos. Eizhan estaba en la habitación, colocando en uno de los estantes la poca ropa que se había traído en la mochila. Lázaro estaba tirado en la litera de abajo mientras bebía sediento de una botella de agua. Su siguiente clase, según Ángel, era un entrenamiento *acondicionamiento* y

adaptación al medio. Tuvieron que bajar unas escaleras escondidas entre las paredes decenas de metros hasta la sala que señalaba el croquis mal hecho que les había dibujado. Debajo del suelo, se escondía una gruta preciosa llena de aguas cristalinas y techos altos y erosionados por la misma cuando subían de nivel. El ejercicio consistía en clases de buceo, escalada por las paredes y algo de salto entre rocas. Eizhan estaba aterrado por la parte del agua, aunque el chico que les entrenaba era majo y le ayudó en un momento a entender lo básico sobre nadar. Practicaron respiración y rutas cortas debajo del agua, circuitos en la misma cueva acortando el tiempo en hacer la vuelta entera.

Lázaro cogía impulso para escalar la distancia de una de las rocas hasta el suelo, de unos diez metro de altura. Su mano se enganchó mal a uno de los salientes y se quedó momentáneamente colgando con el cuerpo pegado todo lo posible a la pared. La joven que les entrenaba reaccionó rápido y se deslizó por los salientes rápidamente.

- Elige, dame la mano para que te la coloque de nuevo en el saliente o tírate al agua. La caída al agua suele dolor bastante - no tardó en decir la frase para que Lázaro diese un salto y se metiese de lleno en el agua helada. Su cara se veía roja del impacto y la temperatura.
- Au. Eso ha tenido que doler. - soltó Eizhan.
- Nada, estoy bien - riéndose por la situación.

Ángel apareció en su habitación justamente después de la comida.

- ¿Qué tal el entrenamiento matinal? ¿Duro? Quería deciros que vuestra primera misión se ha adelantado a hoy por la tarde. Tengo que hacer un recado y he decidido que quiero llevaros conmigo, para que conozcais mi trabajo y el negocio en general. Va ser la típica recaudación de impuestos del gremio, pero iremos a la misma casa de la moneda a cobrar la deuda que tiene el estado con el gremio. Si, el estado tiene tratos con el rey pero también con nosotros. No va a ver saltos ni persecuciones así que no os preocupeis.
- Lázaro. A ti te daremos ropa nueva, ya sabes, para que pases más desapercibido y no se te reconozca. Sé que no es nada nuevo para ti, lo hicistes en el torneo. Lo estáis haciendo bien, los dos. Iros preparando, partimos en un rato. -

La casa de la moneda era un edificio robusto, muy protegido en temas de seguridad: controles y guardias con armas por todas partes. Un funcionario vestido de traje marino y corbata se les acercó, con especial interés en ellos dos.

- ¿Son tus nuevos discípulos? - su sonrisa era siniestra y sus dientes eran demasiado blancos para ser reales.
- Ellos son personas, como tu y como yo.

El hombre sólo se limitó a sonreír y asentir. Ángel se sacó un sobre de la chupa y se lo entregó al funcionario. Este sacó un cuchillo sospechosamente afilado y rajó el sello para abrir el sobre. Sus ojos volaron ferozmente desde la parte de abajo de la carta hasta los mismos ojos azulados del ladrón.

- La cantidad es desmesurada y el gobierno no puede pagarla.
- ¿No puede pagarla? Pues lo siento, pero es lo que se debe por nuestros servicios del último semestre.
- Entonces tendremos que llegar a algún tipo de punto intermedio me parece.
- Ten cuidado con lo que dices, funcionario. -

El hombre trajeado se echó levemente para atrás, a la vez que cruzaba sus dedos pensando en alguna idea.

- Si si, perdona. Te podemos dar el 70% ahora mismo. Para el resto del dinero se me ocurre una solución perfecta que nos agradaría a todos. El gobierno puede pedir un préstamo al rey para pagar al gremio a cambio de intereses, sabes que sus arcas están repletas...
- Nunca. ¿Tu no entiendes nuestros principios verdad?. *Si hacemos un trato con el gobierno es porque sois tan solo títeres, y algún día acabaremos con vosotros también, hasta que no quede ninguna mentira o secreto* - esto último solo lo pensó en su cabeza. - ¿Que tal si pido yo? Quiero un 80% del pago, más un aumento en la deuda próxima del 5% para el siguiente semestre. Además, quiero tener acceso exclusivo al mercado de telares, incluido el mercado negro.
- Siempre pides cosas extrañas - se dió la vuelta, mirando a la fábrica de billetes de detrás de ellos.
- O quizás haya llegado la hora de que te releven del cargo .- los ojos de Ángel podían pasar en escasos segundos de la gentileza y la ternura a la más firme e intimidatoria de las miradas.
- De acuerdo. Aceptamos el trato. - intentando recobrar la compostura. Dame un rato para que recuente el dinero y os lo traigo. Podéis ir a ver la zona de fabricación y manufacturación si quereis. Pero no toquéis NADA.

Ángel y ellos dos detrás, pasaron al área donde se fabricaba el dinero en cadena. Subieron en un montacargas con dos guardias armados hasta arriba y les dejaron solos en la pasarela, cada uno vigilando por un lado, preparados para disparar a la mínima incidencia. Ángel se apoyó en la barandilla, mirando toda la superficie de abajo, con la vista algo perdida. Tenía una llave en la mano con la que jugueteaba.

- ¿Sabéis? Si ahora mismo pudiese hacer desaparecer todo esto, lo haría. Si tan solo fuera una cerilla y no...una llave. Si poco a poco consigo tener los contactos y el poder suficiente, quizás algún día... - carraspeó -
- ¿De qué sirve el poder? Siempre se convierte en algo sin alma y no te aporta nada, solo es... - Lázaro miró bajo sus pies, entre los huecos de la pasarela - dinero.

Eizhan se sentía algo perdido con la conversación que estaban teniendo Lázaro y Angel pero decidió callarse y escuchar.

- El mundo a veces da asco, y tienes que hacer de malo y duro si no quieres que te aplasten. Lo soy, pero a veces solo quiero relajarme y comer hasta morir por no poder más, pero tienes que mantener el papel, y... casi siempre es para mejor, maduras.

Eizhan se le abrió la boca del sueño, sin poder evitarlo. Mientras, Lázaro se tocaba las heridas superficiales de la muñeca, de uno de los golpes de la pelea.

- ¿Aún es pronto eh? Cuando volvamos quiero que os deis un baño, comáis todos y descanséis para mañana.

El funcionario regresó con el dinero y salieron del edificio acompañados de varios guardias que les guardarán los maletines en el maletero.

El comedor estaba a especialmente a rebosar con la llegada de los nuevos de su primera misión. Ángel ni siquiera había entrado con ellos al comedor, si no que se había ido hace un rato a guardar en dinero en alguna cámara o sala secreta. Lázaro y Eizhan estaban sentados en el centro de la mesa más grande del comedor, con decenas de personas comiendo sorprendentemente habladores y agradables. Lázaro estaba comiendo intentando sonreír nervioso entre los miles de ojos que tenían puestos encima.

Una joven de rasgos asiáticos se sentaba tres asientos hacía la derecha de ellos.

- Yo soy Hayley, ladrona de categoría B. Seré vuestra entrenadora en las próximas semanas.

El chico delante se inclinó para darle la mano, tendría unos 25-26 años y sus brazos eran bastante musculados.

- Manu. Conductor categoría B + y experto en distracciones. Seguramente os tenga que llevar y traer alguna vez.
- ¿Como se llaman?
- ¿Cuántos años tienen?

- *El chico rubio es bastante guapo, ¿Has visto qué mandíbula?*
- *¿Y el otro? ¿Has visto sus ojos? Pf. Y el color de piel dorado... ¿De donde será?*

Lázaro no sabía como reaccionar ni qué decir. No es que no le gustase la gente, todo lo contrario. Durante toda su vida siempre había conocido a gente que le había presentado su madre, compradores, accionistas, propietarios de grandes negocios. Pero a ellos les daba igual, eran simples intercambios o mera educación. Las presentaciones siguieron.

- Berto. Técnico Categoría E. Experto en cerrojos y sistemas de seguridad.
- *¿Se conocen de algo los nuevos? Hermanos no creo, no se parecen nada.*

Una chica de pelo rubio larguísimo y mono gris se metió entre medias de ellos, sin avisar.

- Nana, técnica clase B y agente de campo clase B+. ¿Cual es vuestra especialidad?
- Nana, acaban de llegar. Eso todavía no lo saben. - un chico de ojos azules y sonrisa afilada se les acercó. - Soy Kaleb, espía clase D+, encantado -

Lázaro, en un impulso certero, se levantó del asiento y colocó sus manos sobre la mesa para presentarse.

- Yo soy Lázaro, última categoría creo, 20 años.
- *Su voz es más grave de lo que pensaba.*
- *¿Lazaro? Bonito nombre.*
- *¿De qué zona será? Tiene cierto acento.*

Eizhan se sorprendió por la iniciativa de su amigo.

- *¿De donde eres? Le preguntó una chica pelirroja de delante suya. Soy agente de infiltración, clase C+.*
- Déjale que respire Mery - soltó otra persona por detrás.
- Soy...soy del sur de la ciudad, un barrio colindante al Independence Palace - carraspeo - Mi familia es propietaria de la marca Rodes, la de la cerveza.

La oleada de comentarios y murmulos, caras de sorpresa, curiosidad y extrañeza llenaron la mesa.

- *¿Cómo alguien como tú ha acabado en un sitio...así? No digo que sea raro, pero tiene que haber un motivo más fuerte.*

Un chico de casi dos metros de alto se acercó a la mesa y cortó a Lázaro antes de que pudiese decir nada.

- Participaron en el torneo, como yo. - era el chico que ganó la prueba de los acantilados - Ambos ganaron dos pruebas cada uno. - Me llamo Fran por cierto. Agente de campo clase E+.
- *Deben de ser buenos entonces -*
- *Si...parecen interesantes.*
- *Espero que no sean tan serios como el nadador...-*

Lázaro le devolvió el gesto y decidió seguir hablando antes de que se cortase el mismo las alas.

- Supongo que...estaba cansado de mi vida de mierda - cogió el vaso donde les habían servido algún tipo de zumo extraño y lo elevo al aire - este sitio si que me parece divertido.

Las risas culminaron el lugar y el nivel de ruido aumento, todos levantaron los vasos, incluido Eizhan, entusiasmado y casi todos los del gremio soltaron y grito de guerra que ninguno de los dos llegaron a entender que quería decir.

- *El chico se ha soltado al final, parece majo.*
- *Quiero ser su amigo.*
- *No está mal.*

¿Qué llevará este zumo? - pensó Lázaro, destapando su risa entre el ambiente buenrollero.

Del otro lado de la mesa, una mujer joven dio un golpe sobre el metal que atrajo la atención del resto. Era la entrenadora con la que había estado luchando Lázaro.

- Dejad hablar al otro también. Yo soy Abril, agente cuerpo a cuerpo clase B+. He entrenado a tu compañero esta mañana.
- *¿Era bueno? - por lo bajo.*
- *No es que tenga talento natural, pero tiene agallas para hacerse fuerte con rapidez. Y tiene ideas interesantes - le respondió la entrenadora con disimulo, aunque todo su alrededor había puesto ya el oído.*

Eizhan repitió la acción de su amigo, poniéndose de pie y mirando a todos los presentes.

- Soy Eizhan, tengo 19 años y soy de la zona de las caravanas.
- *Le he visto hoy correr por el recinto en el entrenamiento con Max. Corría como un demonio.*
- *¿Es de los suburbios? Hmmm tampoco habrá sido fácil venirse hasta aquí.*

- Quizás le conozca, mi familia siempre solía ir a comprar allí los domingos.
- Ambos parecen tener buenas habilidades y condiciones físicas, aunque este parece que se haya estado entrenando toda su vida. Es ágil, fuerte, rápido e impulsivo - mencionó uno de los entrenadores que estaba por allí.
- ¿Cómo os conocisteis entonces?
- Es una larga historia. - respondió Eizhan, rápido y riéndose.

Al día siguiente el entrenamiento fue más largo y extenuante. Les levantaron a las 7 de la mañana a ambos y les llevaron hasta las salas de preparación para darles un entrenamiento físico puro y duro: calentamiento, estiramientos y trabajo de grupos musculares y luego media hora corriendo por el recinto subterráneo. Una parte de la clase consistía en que el monitor utilizaba una colchoneta como defensa para que le pegasen y le tirasen al suelo, básicamente un ejercicio entretenido para descargar mucha energía. La única regla era que todos los golpes tenían que ir hacia la colchoneta. Lázaro y Eizhan iban rotando en turnos de un minuto cada uno, tenían que dar del 90% - 100% y luego tenían el turno del otro para descansar. En el turno de Lázaro todos los golpes se veían más torpes en comparación, por la falta de coordinación y la mayor agilidad del entrenador, pero cuando conseguía asentar un golpe firme, siempre conseguía que el profesor retrocediese levemente, aunque fuesen unos centímetros. Habían acabado ambos exhaustos, aunque Lázaro parecía estar especialmente cansado, por todo el sudor de su cuerpo y sus mejillas enrojecidas. El siguiente entrenamiento fue más calmado, donde les introdujeron lecciones de persuasión, engaño y coacción. Les habían llevado a una pequeña sala y montado un teatrillo donde el entrenador utilizaba los tres métodos por separado o mezclados, dependiendo de la situación. Lázaro escuchaba atentamente mientras apuntaba en un cuaderno viejo con la mano izquierda, aunque de vez en cuando daba alguna cabezada. Eizhan preguntaba a veces alguna duda, aunque con el rabillo de su ojo no dejaba de observar a Lázaro. Luego, después de la comida, tuvieron el mismo ejercicio del día anterior. Lázaro entrenó con Abril, esta vez paso a paso, enseñándole posturas de defensa y ataque, y sobretodo cómo blandir firmemente la daga con una sola mano. No podía faltar una pequeña pelea para terminar. Parecía que a aquella profesora le gustase de verdad zurrar y maltratar a sus nuevos alumnos. Eizhan tuvo el mismo entrenamiento pero esta vez le ataron una bola de hierro en la pierna para que no pudiese correr tan deprisa ni subirse a sitios altos y así tuviese que pensar otro tipo de estrategias.

Así fueron los siguientes dos días, mucho entrenamiento y poco descanso. En la habitación, Eizhan descansaba en la cama de arriba, jugando con la daga a cortar al aire. Lázaro entró en la habitación, con ambas manos vendadas hasta las muñecas, con alguna que otra mancha de sangre bajo el vendaje.

- ¿Que ha pasado? ¿Es del entrenamiento?
- Si...y no. Abril..está pirada. Le he dicho que si me podía entrenar horas extra y me ha dicho *claro, si peleas conmigo ahora*. Yo no quería - quejándose todavía del dolor

- y me ha dado una paliza y me he acabado destrozando las manos. ¿Creo que le caigo bien sabes?

Lázaro se tumbó en la cama bocarriba, mirándose las manos vendadas.

- Ten cuidado anda.
- Me ha dado miedo, pensé que me partiría la cara. Pero al final solo han sido unos rasguños...- murmurando. Ambos se rieron.
- El otro día fueron majisimos los del comedor. Me cayeron bien.
- Hmph.
- Oi que lo del torneo despertó mucha curiosidad. Fue genial ganar esos trofeos los dos. Ahora hay que demostrar que los merecemos.

Cuando se quiso dar cuenta, Eizhan se asomó a la litera de abajo y Lázaro se había quedado completamente K.O del cansancio. Dormía boca arriba y respiraba hondo, sin preocupaciones. A Eizhan solo le quedaba dormirse él también, no es que no estuviese cansado ni mucho menos. Al día siguiente, Ángel les dejó la tarde libre para que salieran del gremio y se despejasen. El aire fresco y la luz del sol era lo mejor que podían pedir después de tanto tiempo.

Las calles estaban decoradas con luces y arcos y el tiempo era algo invernal. Estaban en el distrito de Tarion, una zona bastante concurrida del centro de la ciudad, con bares y tiendas, o eso nos dijo uno de los transeúntes a los que preguntamos. Las capuchas no les habían permitido ver nada del recorrido que habían hecho, ni siquiera les habían indicado dónde estaban; tan solo que a las 10:00 vendrían a por ellos en el sitio donde les habían dejado. Eizhan y Lázaro se pararon en un puesto con terraza que vendía chocolate caliente y churros. Les dieron la típica bolsa de papel grasienta y se sentaron en una mesa a tomárselo con calma. Eizhan dió el primer bocado, con las manos enrojecidas del frío.

- ¿Sabes? Todo esto ha sido muy rápido. - Eizhan lanzó el primer comentario.
- Si.
- No pensaba que te iba a costar tan poco acostumbrarte a todo lo nuevo.
- ¿De verdad crees que ya me he acostumbrado? Solo estoy intentando - dio un sorbo rápido al chocolate - integrarme. Tengo que entrenar duro para estar al nivel.
- ¿Entonces no te arrepientes?

- Hmmm... pensativo, dio otro sorbo más largo. No echo de menos demasiado la rutina - dijo riendose - Angel y la gente del gremio parecen majos, te tengo a ti también. Y el entrenamiento... prefiero no quejarme, me estoy habituando a todo.
- Si que estás diferente.
- Si, ahora me voy haciendo heridas en las manos y me doy de bruces contra el agua helada.
- Exacto - Eizhan dio una sonrisa sincera ante la respuesta de Lázaro. - De todos modos, deberías de ser más comunicativo.
- ¿Y me lo dices tu? Es broma - se rió por primera vez en el día - Nos falta vivirlo juntos, conseguir esos rangos o letras, ver *quien* es el mejor...
- ¿Quien es el mejor? Está claro... - burlándose de Lázaro.

Lázaro y Eizhan se siguieron tomando la comida y bebida caliente entre conversaciones sobre sus aventuras cuando eran pequeños.

- Me he fijado en un sitio cuando veníamos hacia aquí que te podría gustar - Lázaro le hizo una seña con la cabeza, levantándose.

Entraron en una tienda con las luces apagadas, pero con el cierre aún sin echar. Eizhan cayó en que la tienda vendía repuestos de piezas metálicas: coches, radios, neveras... Lázaro se acercó al mostrador y llamó al propietario.

- Perdona. -

De la trastienda, un anciano con bastón y pierna derecha robótica apareció a tumbos mirando hacía arriba, era bastante bajito en comparación con el joven.

- ¿Sigue la tienda abierta? Quería comprar unas piezas.
- Estaba justo cerrando, hoy ya me he pasado de la hora de cierre.
- ¿Son eso piezas de maquinaria ligera de caldero?
- Si.

Eizhan mientras intentó curiosear, pero no vio nada que le llamase la atención.

- Mi familia utiliza unas parecidas para hervir y separar el agua del alcohol a altas temperaturas.
- Si, exacto. ¿Tu familia en que trabaja?

- Es dueña de una destilería por el sur de la ciudad.
- Me imagino que debe de ser una fábrica local, aunque las piezas con las que trabajáis son de calidad. Sois buenos destiladores. - el anciano sonrió y dejó toda su dentadura reluciente al aire. ¿Que necesitabas?
- He visto que en el escaparate anunciabas que había sacado unos walkie talkies de edición limitada.

La atención de Eizhan se centró aún más en la conversación de ambos.

- Si. ¿Para cuanta distancia los necesitaréis? - refiriéndose a los dos.
- Lo más lejos posible no? - mirando a Eizhan - para cualquier situación.
- Tengo unos aquí, lo único que son bastante caros. 2200 coronas. 1900 coronas en total.

El anciano sacó un estuche de madera, con dos walkie talkies negros forrados por debajo en madera y un soporte para recargarlos, más cuatro baterías portátil y un manual.

- Me los llevo. Les daremos uso. - Lázaro se sacó del bolsillo una cartera nueva y le extendió el dinero. - ¡Muchas gracias!
- ¡A ti joven!

Eizhan llevaba el estuche con los Walkie Talkies, casi con ganas de cogerlos y ponerse a jugar como un niño, aunque sabía que no solo era un regalo, sino algo que utilizarían mucho en el futuro. Lázaro y Eizhan fueron andando hasta el sitio de encuentro y Cadillac les estaba esperando.